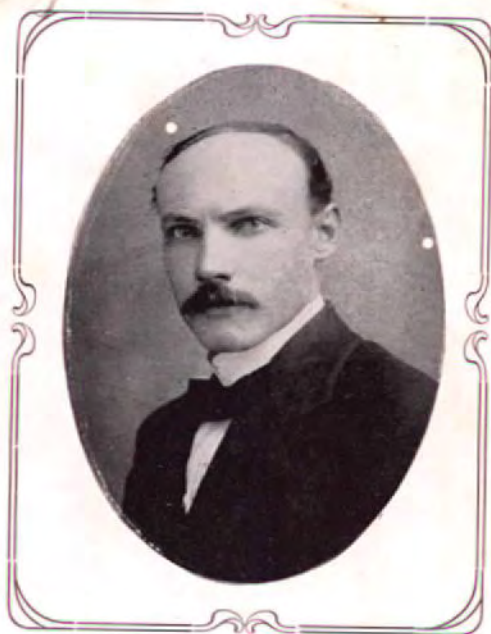


Episodios

de la



Revolución Mexicana

por

Rogelio Fernández Güell

Ex-Director de la Biblioteca Nacional de México

1914

San José, C. R.

Imprenta Trejos Hnos.

A la memoria de todos los que, en diferentes
épocas, han padecido y muerto por la causa
de la libertad de los pueblos.

Episodios de la Revolución Mexicana

Capítulo I

La entrevista Creelman

En marzo de 1908, un hombre atravesaba, en magnífico automóvil, la principal avenida del bosque de Chapultepec, (1) y al llegar al pie de la histórica colina, donde principa la florida rampa que conduce al Colegio Militar, echó pie a tierra, y guiado por uno de los ayudantes del General Díaz, penetró en el pasadizo subterráneo iluminado por arcos voltaicos, en cuyo fondo se ve el lujoso ascensor forrado de terciopelo, que únicamente ocupan los Secretarios de Estado, los Ministros diplomáticos y las personas de la intimidad del Presidente.

Mr. Creelman supo apreciar esta atención, y ascendió con el ayudante del general Díaz, a través de la colina, hasta el pequeño corredor que lleva al puesto de los oficiales de guardia. Una vez allí, fué introducido a una salita de espera, anexa a la

(1) Chapultepec, el bosque milenario de los emperadores aztecas, se extiende a dos kilómetros de la Capital y está unido a ella por el amplio Paseo de la Reforma. Era, en tiempos de los Moctezuma, un sitio real, y por allí pasaba el famoso acueducto que surtía de agua a Tenochtitlán o México. Chapultepec no puede rivalizar en tamaño con Yellowstone Park o con Yosemite Valley; pero es muy superior a ambos en belleza. Los enormes ahuehuete entrelazan sus ramas y forman sobre vuestras cabezas cúpulas inmensas, por donde se cuele la luz como por el cimborrio de excelsa catedral. Umbrosas avenidas conducen al pintoresco lago circulado de grutas y colinas y sembrado de isletas, en una de las cuales un geiser artificial lanza múltiples chorros de agua en forma de palmeras, abanicos y colas de caballo, y en cuya linfa espejeante bogan, con o bajetes de plumas, cisnes negros y blancos, que recuerdan, en los pequeños canales, el ave lirca de Lohengrin. Cruzan el bosque de un extremo a otro, las calzadas de los Poetas, de los Artistas y de los Filósofos, llenas de sombra y de ensueño. Allí os sentís rodeados del misterio, y en una ficción encantadora, os parece que juegan entre los tilos y los añosos troncos que la madre selva cunde de florecillas blancas, alados silfos y hadas triadas de ojos y cabello verdes, y el rayo de la luna que se filtra a través de las tupidas hojas, finge la nivea y vaporosa túnica de las deidades de la selva, en tanto que tras las robustas hachas os parece que vagan las sombras de los acelots guerreros con sus arreajes de emplumadas flechas.

En medio del bosque se alza la histórica colina de Chapultepec (en nahuatl: cerro de los chapulines), coronada por el espléndido castillo, mansión veraniega del Presidente y por el Colegio Militar. El cerro, desde la base hasta los muros del castillo, está cubierto de rosales, violetas y enredaderas, que tienden sobre las piedras llenas de líquenes y musgos candelas de flores y de verdura. Los monarcas aztecas habitaron en el antiguo edificio sobre cuyas ruinas construyeron los primeros Presidentes de México el lujoso palacio que hoy día se destaca en la cumbre como un enorme navío anclado ante la ciudad, con su proa exornada por una vegetación exuberante y su cubierta y sus palos enguirnaldados de luces. Santa Anna habitó ese palacio; el General Scott, jefe del ejército invasor americano, lo tomó, así como el Colegio Militar, no obstante la heroica resistencia de los cadetes; y el infeliz Maximiliano lo decoró, como convenía a una mansión imperial, con tapices, mármoles, alfombras, cortinajes y muebles riquísimos, procedentes de Francia y de Austria. Juárez le quitó todos estos

sala del Consejo, se quitó el abrigo, y mientras se anunciaba su presencia, se puso a observar los artísticos jarrones de mármol austriaco que aun existen en Chapultepec como restos del efímero imperio de Maximiliano.

Era Mr. Creelman un *gentleman* de treinta y cinco a cuarenta años de edad, de simpático aspecto y distinguidas maneras. Uno de los principales periódicos de New York habíalo comisionado para que sondeara el ánimo del general Díaz respecto de una nueva reelección, que se juzgaba inminente. Comisión tan delicada sólo podía desempeñarla un periodista notable, máxime cuando, a no dudarlo, esa entrevista había sido solicitada por el anciano Dictador para hacer sensacionales declaraciones y orientar la opinión pública en un sentido favorable a su política.

No obstante su costumbre de tratar con encumbrados personajes de la sociedad americana, Mr. Creelman no pudo menos de revelar cierta emoción cuando el ayudante de guardia le manifestó que el señor General Díaz lo esperaba en la galería exterior del castillo. Iba a conocer a *the great old man of America*, al héroe del 2 de abril, al omnipotente autócrata cuyo poder en México era más grande que el de Nicolás II en Rusia y q' el de Abdul Hamid en Túrquia. El anciano Dictador lo esperaba en lo alto de la escalinata, erguido, a pesar de sus ochenta y dos años, con la venerable cabeza blanca como la cumbre del viejo Popocatepetl, que desde allí se vislumbraba al lado de su eterno compañero que reposa en un lecho de nieve, el Ixtaccihuatl, semejante a una mujer yacente.

El periodista americano sabía que el Presidente de México se conservaba ágil y robusto a pesar de sus años; mas no esperaba encontrarse con un hombre que, por lo erguido de su talla y lo vivo de sus movimientos, parecía no tener más allá de cincuenta si bien su faz surcada de profundas arrugas y su cabello cano decían muy a claras que el señor general Díaz tenía razón más que sobrada de preocuparse por la sucesión presidencial.

adornos, que recordaban el Imperio, y sólo dejó los magníficos jarrones y las columnas de mármol que adornan el vestíbulo al frente y a los lados de la gran escalera. El general Díaz decoró de nuevo las habitaciones interiores con lujo asiático y transformó el bosque circundante en un verdadero jardín.

El cerro de Chapultepec tiene como ciento veinte metros de altura y por su constitución extraña, parece más obra de los aztecas que de la naturaleza.

En la entrada del Bosque que da al Paseo de la Reforma, en una amplia rotonda, se verifican los conciertos de la célebre Banda de Policía que dirige el maestro Preza, y victorias, carretelas, filburis, automóviles y magníficos corceles montados por hábiles ginetes, en cantidad prodigiosa, llenan las amplias avenidas. De cuando en cuando, se ve un guarda erguido sobre un hermoso caballo, con su espléndido uniforme y su casco prusiano, que cuida el orden de la procesión de carruajes.

A un lado de la entrada del Bosque se alza el monumento a los niños héroes, y no lejos de allí hay un pequeño jardín de aclimatación con una escasa colección zoológica.

La célebre entrevista se verificó en un extremo de la hermosa galería exterior del castillo; en el poético rincón que escalan los rosales trepadores y desde donde se descubre el panorama inmenso del valle de México, el bosque de Chapultepec al pie, con sus sombrías avenidas, sus copudas hayas y sus ahuehetes centenarios, bajo los cuales transcurren los enamorados, los poetas y los filósofos; el admirable Paseo de la Reforma, profuso de artísticos monumentos y de fragantes vergeles; la ciudad de medio millón de habitantes con sus valiosos edificios, sus palacios, sus fábricas, sus grandes hoteles, su bellísima alameda y sus jardines; a lo lejos el Desierto con sus edénicas umbrías, Popotla con su *árbol de la noche triste*; Guadalupe, archivo de la devoción y Meca de los indígenas; a un lado, como perlas sueltas de un collar, Coyoacán, Tacubaya, San Ángel y Mixcoac; a otro lado, los lagos de Xochimilco y Chalco con sus chinampas (2) de flores y de verdura; más allá el solemne y rumoroso Texcoco con sus orillas llenas de garzas y de patos silvestres; en el fondo la masa sombría del Ajusco, y todo este cuadro prodigioso limitado por los dos enormes volcanes, el Ixtaccihuatl y el Popocatepetl, en cuyas plateadas cumbres quebraba sus rayos de oro el sol poniente.

El Presidente apoyó sus rugosas y robustas manos en la balaustrada, y fijando sus ojos de águila, ya vidriados por la edad, en la soberbia Tenoxtitlán exclamó dirigiéndose a su interlocutor:

—Durante más de treinta años he regido a México, y cábeme la inmensa satisfacción de haber inaugurado una era de paz y prosperidad. Encontré a México sin finanzas, sin ejército, sin comercio, empobrecido por la guerra, desgarrado por las facciones, con el 90% de su población compuesta de analfabetas, su tesoro vacío, sus bonos rechazados, sin gloria y sin honor. Goberné con mano de hierro, exterminé el bandolerismo, convertí a los ladrones en rurales, refrené el caudillaje, y en los campos assolados por la guerra, florecieron la agricultura, la industria, el comercio y las artes. Hoy, después de tres décadas, veo mi país con un ejército permanente de 26,000 hombres, aparte de las milicias de los Estados y de los rurales de la Federación, un comercio de seiscientos millones de pesos, quince mil millas de ferrocarril, ciudades populosas, iluminadas eléctricamente y con pavimento de asfalto, fábricas de hierro, de tejidos, de papel & hasta de pólvora sin humo. En este lapso, se han invertido más de trescientos millones en obras públicas. Sólo en los puertos de Veracruz, Coatzacoalcos, Manzanillo y Tampico, se han gastado

(2) Pequeñas eras rodeadas de agua en las lagunas de México, donde se cultivan flores y hortalizas.

más de sesenta millones, y el drenaje del valle de México nos cuesta no menos de diez y seis millones. Con la ayuda de nuestro Ministro de Hacienda, logramos implantar el patrón de oro, y hoy nuestros bonos merecen premio. Con excepción del ferrocarril a Veracruz, todas las líneas férreas son nacionales, y estamos enlazados con los Estados Unidos por dos enormes vías troncales, de modo que vuestros millones y vuestra civilización invaden el Anáhuac en los amplios y lujosos *pullman* que cruzan las llanuras de Texas y los bosques del Mississipi. La minería continúa siendo una de nuestras principales fuentes de riqueza. Más del 50 por ciento de la plata que corre en el mundo ha salido de los cerros de Durango, de Zacatecas y de Hidalgo. La riquísima región de la Laguna de Coahuila, está toda sembrada de algodón y viñas. El Sur produce en abundancia café, cacao, tabaco y azúcar. El plátano de Tabasco principia a cultivarse en grande escala. En la región de Tampico se han descubierto varios pozos de petróleo, que aseguran a México un lugar preponderante entre los principales países productores de este precioso líquido. En Yucatán y Campeche la industria del henequén continúa desarrollándose notablemente, a pesar de la depreciación del artículo. En el vasto territorio de la República hay domiciliados más de doscientos mil extranjeros que trabajan y prosperan a la sombra de un Gobierno que imparte garantías a todos los hombres de bien y castiga con mano fuerte a los malvados. El capital europeo y americano invertido en México asciende a la suma fabulosa de dos mil millones de dólares. El Canal de Panamá tiene ya su competidor en el ferrocarril del Istmo de Tehuantepec, que acabamos de inaugurar y cuya defensa está encargada a hábiles ingenieros, que actualmente construyen las bases de concreto en que han de descansar los enormes cañones que pedimos a la fábrica de Krupp. Doquiera se siente la enorme circulación de la vida; ya en las ciudades, donde hormiguea una población afanosa en las mil ocupaciones de la diaria labor; ya en los campos, donde los aldeanos recogen opimas cosechas, y donde el arado surca la tierra antes empapada en sangre de hermanos; ya en las fábricas cuyas chimeneas son las atalayas del progreso; ya en los talleres, donde las obreras, redimidas del vicio, elevan a Dios todos los días la oración santa del trabajo; ya en las minas, donde millares de fornidos trabajadores, semejantes a ciclopes, extraen el oro, la plata, el hierro y el cobre en cantidades asombrosas; ya en las vías férreas, donde las locomotoras, con la fuerza del vapor acumulado en sus entrañas, van pregonando las conquistas de la civilización a través de las llanuras de Chihuahua, de los desiertos de Sonora y de Nuevo León y de las bravas serranías de Guerrero y de Oaxaca.



El hermoso Castillo de Chapultepec, residencia veraniega de los Presidentes de México



Una de las bellas avenidas que cruzan el Bosque de Chapultepec

La capital, con sus magníficos edificios, sus lujosas residencias, sus amplios paseos y sus hechiceros jardines, puede parangonarse con las ciudades más bellas de América. A sus antiguos y célebres palacios, se han sumado construcciones valiosísimas y de exquisito gusto moderno como el nuevo Correo y el edificio de Comunicaciones, y en breve quedarán terminados el soberbio Capitolio, que será una de las maravillas de América, y el majestuoso teatro, vasta fábrica de hierro y mármol que se alzará a un costado de la Alameda, rematada por los cuatro Pegasos de Querol y el águila de Anáhuac, símbolo de nuestra civilización y de nuestro orgullo. En suma, México es hoy una nación próspera y culta; bajo mi férrea mano se ha desenvuelto intelectual y materialmente; pero yo he continuado siendo el viejo militar que se formó entre el fragor de las batallas; he dado a mi Patria paz y riquezas; mas no he podido darle libertad, y ya el pueblo mexicano no necesita de mí; ha llegado a la meta de su progreso político y puede continuar desenvolviéndose por sí solo; EL PUEBLO MEXICANO ESTÁ APTO PARA LA DEMOCRACIA; en treinta años de paz ha aprendido a vivir conforme las naciones más adelantadas y su espíritu bélico ha muerto, triturado por las ruedas de las locomotoras y asfixiado por el humo de las fábricas. EL PUEBLO PUEDE ELEGIR LIBREMENTE MI SUCESOR; yo entregaré el mando a aquel que mis conciudadanos designen, y me consideraré feliz viendo, desde mi hogar tranquilo y modesto, lejos de las pompas y de las vanidades oficiales, a mi amado México desarrollarse y engrandecerse a la sombra de un gobierno popular, honrado y progresista.

Cuando el General Díaz terminó de hablar, el sol, el viejo sol que adoraron los emperadores aztecas, relumbraba en el poniente como un gran escudo de oro, y las cimas nevadas de los volcanes se tenían con los últimos reflejos del astro glorioso.

Mr. Creelman contempló con respetosa admiración la figura marcial e imponente del anciano Dictador, dando apenas crédito a sus oídos. Este rasgo de Cincinato no cuadraba bien en César. Sin embargo, el General Díaz se expresaba con sinceridad, y su faz denotaba el cansancio y esa misma melancolía que acometió a Carlos V cuando, desdeñando el imperio de la tierra, abdicó la corona de dos mundos y se enterró en el Yuste, trocando todos sus tesoros, la gloria de sus oriflamas y el estruendo de las batallas, por el hábito de un monje y el silencio y la paz de un manasterio.

.....

Mr. Creelman se alejó de Chapultepec intimamente convencido de que el General Díaz deseaba separarse de la Pre-

sidencia, y así lo comunicó a su periódico en un extenso artículo que reprodujeron los diarios de México y que causó una sensación enorme en toda América.

En México, propiamente hablando, no había partidos políticos. Existían, sí, dos facciones ministeriales que se disputaban la Vicepresidencia de la República, la que con razón era considerada como la manzana de la discordia. Estas dos facciones estaban representadas por sus jefes, el Licenciado don Ramón Corral y el General don Bernardo Reyes.

Don Ramón Corral era un abogado sonorenses, de origen oscuro y escasa ilustración; pero de notables dotes administrativas. Hábil cortesano, supo granjearse el afecto del general Díaz, y éste lo nombró Gobernador de Sonora, y más tarde lo elevó a la categoría de Ministro de la Gobernación. Político sutil y ambicioso, logró dominar de tal modo en el Gabinete que el mismo Limantour hubo de plegarse a su voluntad y le dejó franco el paso a la Vicepresidencia, eterna aspiración del célebre hacendista. (3)

Don José Yves Limantour, el Sully o Colbert de don Porfirio, dirigía al grupo denominado «Científico» del que el sutil Pineda era el «eje de diamante». Entre los «científicos» se contaban los hombres más notables del gran mundo mexicano, los reyes de la banca y de la industria, los príncipes de la palabra, los aristócratas del talento y de la sangre y los diplomáticos más distinguidos. Astutos y sagaces, los «científicos» atraían a su grupo a cuantos hombres despuntaban por su inteligencia; corrompieron a la juventud, sobornaron a los escritores de más valía y a fuerza de oro domaron las voluntades más indómitas. En torno de Limantour se agitaban, como satélites de un astro dorado, Francisco Bulnes, famoso por sus paradojas; Justo Sierra, el exquisito literato, compañero del Duque Job; Flores, Nervo, Urbina y cien poetas más que, como el bíblico Aaron, danzaban en torno del becerro de oro a los sones del arpa y del salterio. Los colegiales, a quienes el hábil Ministro había halagado con la fundación de la llamada *Casa del Estudiante*, pertenecían en cuerpo y alma al Partido Científico, y el elemento extranjero, en su inmensa mayoría, apoyaba esta política sagaz que resolvía las situaciones más difíciles por medio de la intriga, sin que el orden se perturbara en lo más mínimo.

(3) El fácil triunfo de Corral sobre Limantour se atribuye al hecho de que, cuando en 1904 don Porfirio habló de retirarse del Poder, la señora de Limantour cometió la indiscreción de decir a sus amistades que pronto tomaría el te con ellas en Chapultepec. Esto llegó a oídos de «Carmelita», la esposa de don Porfirio, y ésta llamó a uno de los antiguos amigos del General, y le dijo: «No deje usted a Porfirio hasta que le prometa continuar en el Poder. ¿De qué pequeños incidentes depende la elevación o caída de los hombres?»

El general Reyes era un hombre de inmenso prestigio en el Ejército, y el elemento extranjero, sobre todo el español, no lo miraba con malos ojos, porque se le tenía por un carácter de hierro, y muchos lo consideraban como el único hombre capaz de suceder al general Díaz en la Presidencia. Reyes no era joven, pues frisaba en los sesenta años; pero aún conservaba el vigor y la energía de sus floridos tiempos. Era de simpática y noble fisonomía, bajo de estatura y de aspecto marcial. Una barba blanca, larga y poblada, unos grandes bigotes y un mechón de cabello cano, caracterizaban su rostro de tal modo que, el que una vez lo veía, no lo olvidaba jamás. El célebre tapatío (4) no era un soldadote vulgar, sino un verdadero táctico que se había distinguido en varias acciones de guerra. Bajo su administración sabia y honrada, floreció el Estado de Nuevo León, y su paso por el Ministerio de la Guerra se señaló por la reorganización del Ejército, al que impuso el sello de su espíritu metódico y disciplinado. Desgraciadamente, a tan bellas cualidades unía Reyes un carácter violento e impulsivo (5) y una ambición desmedida, defectos que fueron la causa de todas sus desventuras.

Estos bandos ministeriales, el reyismo y el científicismo, habían alternado varias veces en el ánimo torradizo del Presidente, hasta que la astucia de Limantour logró alejar al General Reyes del Ministerio de la Guerra, a raíz de la creación de la segunda reserva; mas aun fuera del Ministerio, continuó siendo Reyes, desde su Gobierno de Nuevo León, una amenaza para el grupo corralista.

Fuera de estos dos bandos, agitábanse en el Norte de la República algunas pequeñas facciones, como el magonismo, cuyas tendencias anárquicas reprobaban hasta los enemigos del General Díaz.

Enrique Flores Magón, desde los Estados Unidos, atizaba con sus prédicas revolucionarias a los descontentos de la frontera y tenía emisarios en R'ío Blanco, Nogales, Santa Rosa, Cananea y otros centros fabriles y mineros.

Este Enrique Flores Magón puede llamarse con justicia el precursor de la gran revolución de 1910; él, con sus hojas incendiarias, preparó el terreno; mas, débil e irresoluto, no fué

(4) Modismo con que se distingue en México a los naturales de Jalisco.

(5) Refiérese del general Reyes que, siendo Gobernador de Nuevo León, azotó con su propia mano, en una de las principales calles de Monterrey, el rostro de un muchacho, porque gritó: «¡Muera Reyes!»

capaz de ponerse personalmente a la cabeza del movimiento y desechó más de una brillante oportunidad de conquistar el Poder, eterna aspiración de su espíritu turbulento y ambicioso.

Flores Magón, como muchos redentoristas al estilo del español Lerroux y del célebre Malato, vivía predicando el socialismo y la anarquía en su periódico *Regeneración*, que se editaba en los Angeles, California. Revolucionario de gabinete, no era capaz de empuñar la espada y guiar las hordas de descamisados al triunfo de sus ideales. Por esto fracasó en aquella ocasión, y fracasará siempre, pues no se alcanzan victorias sobre el mapa ni se aspira al Gobierno de los pueblos aconsejando el desorden y el pillaje.

Los magonistas, en escaso número, mal armados y peor dirigidos, asaltaron las pequeñas poblaciones fronterizas Jiménez y las Vacas; más tuvieron que desalojar ambas plazas al avance de una reducida fuerza federal, y traspasaron la frontera. Esta desgraciada intentona, pareció demostrar la fortaleza del Gobierno y la debilidad de sus contrarios.

La gran masa popular, retraída y apática, no simpatizaba con el cientificismo ni con el reyismo, y apenas conocía de nombre a Flores Magón. El General Díaz aún gozaba de cierto prestigio, y si no querido, era sí grandemente respetado, pues se veía en él al representante de una raza heroica que había rechazado la invasión francesa y sostenido la bandera de la República entre el fragor de los combates. En el exterior, don Porfirio gozaba de gran renombre; considerábasele como *the maker of modern Mexico*, y cuando se hablaba de esta nación, se la llamaba «the land of Porfirio Díaz» (la tierra de Porfirio Díaz). La dictadura de este hombre todopoderoso, era un atentado permanente contra los derechos del pueblo mexicano; pero no era una dictadura vulgar, como la de Santa Anna, ni sanguinaria, como la de Rosas, sino ilustrada, progresista, y algunas veces hasta justiciera. Se creía generalmente que don Porfirio moriría en el Poder, y que sus funerales, como los de Alejandro, serían sangrientos. (6) Nadie admitía, ni remotamente, la posibilidad de un cambio de Gobierno, y los partidos se preocupaban sólo de la elección de Vicepresidente. Calcúlese, pues, la sensación que produjeron las declaraciones del General Díaz de que no aceptaría una nueva reelección y de que estaba resuelto a abandonar el Poder.

Una oleada de pánico agitó hasta los bajofondos sociales; el

(6) «Uno de los críticos momentos de la historia moderna, se presentará cuando la bandera esté a media asta en Chapultepec y una de los más subyugadores problemas sociales y de alta política tenga que ser solucionados.—Frederick Palmer: *Central America and its problems*

comercio tembló; el gran mundo mexicano, compuesto de sempiternos burócratas, corrió a Chapultepec a disuadir al general Díaz de una resolución que se consideraba como la más grande calamidad que podía sobrevenir a la patria; una interminable fila de automóviles llenó el Paseo de la Reforma hasta la morada del Dictador; las damas de la aristocracia, perfumadas, enguantadas y embutidas en sus estrechos corsés, llenaron la sala de doña Carmen Romero Rubio de Díaz, a fin de que la distinguida señora ejerciera su influencia sobre su esposo y lo apartara de tan funesto designio: los personajes más encumbrados de la política, los portaestandartes de la cultura intelectual y los jefes del Ejército, hicieron presente a don Porfirio la grave responsabilidad que recaería sobre él si México, desde la cumbre de la prosperidad, caía en el abismo de la bancarrota y de la guerra civil; luego, tocó su turno a los comerciantes, banqueros, hacendados e industriales; más tarde, se presentaron comisiones de los Estados, y por último, el Cuerpo Diplomático acreditado en la República, manifestó su zozobra por un cambio tan radical en la política del país. Los periódicos, pagados por el oro del Ministro de Hacienda, encendieron sus incensarios, enalteciendo la figura del héroe del 2 de abril y clamando por la gran calamidad que amenazaba al país. Ni en los funerales de Moctezuma el Grande se vertieron tantas lágrimas en México.

En medio de todo este llanto ficticio, originado, no por la adhesión al anciano caudillo ni por la gratitud que podía despertar el recuerdo de sus proezas, sino por el temor de perder bienes mal adquiridos a la sombra de una larga Dictadura o ver rechazados contratos onerosos para la Nación, ninguna voz se alzaba, franca y desinteresada, para decirle al héroe:

«General, tenéis razón; ha llegado el momento en que debéis devolver a la República el sagrado depósito de sus libertades; conservad vuestros laureles siempre verdes sobre la frente; no los marchite y fulmine el fuego de una ambición desmedida. El pueblo mexicano está listo para la democracia; mas en vuestra mano está que el cambio se verifique sin convulsiones, gradualmente, blandamente, bajo nuestra protectora égida. Dejad al pueblo escoger su mandatario; refrenad sus primeros impulsos inmoderados; encaminadlo por la senda de la verdadera República, y dejadlo proseguir en paz su maravillosa ascensión hacia la más alta cima del progreso humano. Si esto hacéis, vuestro nombre será bendito por las generaciones, pues habréis dado a México paz, democracia y prosperidad. Mas si intentáis perpetuaros en el Poder, burlando una vez más la soberana voluntad de la Nación, tened por cierto que seréis proscrito y que moriréis en el destierro, como un vulgar déspota hispano-

americano, contemplando con dolor a vuestra patria desgarrada por las discordias intestinas, y quizás víctima de una invasión extranjera.»

El General Díaz no vió ante sí más que frentes inclinadas y manos suplicantes, y tuvo la debilidad de creerse popular precisamente cuando su gobierno había caído en el más hondo desprestigio. El pueblo callaba, y la nube de incienso que envolvía al general Díaz era tan espesa que le ocultaba el triste espectáculo de las miserias del proletariado. Finalmente, como quien acepta un sacrificio doloroso, consintió en una nueva reelección.

Este brusco cambio de opinión fué recibido con júbilo por la clase alta, y pareció que la Nación exhalaba un inmenso suspiro de alivio.

La política mexicana continuó desarrollándose, como año, en torno de la Vicepresidencia de la República; se fundaron numerosos clubs sostenedores de la fórmula Díaz-Corral, se agitó el reyismo, y se entró de lleno en la lucha eleccionaria.

El elemento corralista, dirigido por el Ministro de Hacienda y representado en la prensa por *El Imparcial*, el diario más poderoso y mejor redactado de México, encontró en el país viva oposición. (7) Los enemigos del grupo «científico» y los destructores del mismo general Díaz, se afiliaron al partido de Reyes, de manera que éste alcanzó en breve una popularidad que culminó con el célebre «baile de los claveles rojos.»

Alarmado el general Díaz de los progresos del reyismo, se resolvió a aplastar de un golpe ese movimiento que podía ser peligroso para su propia persona, pues tenía ramificaciones en el ejército; llamó bruscamente al General Reyes y lo conminó a que interrumpiera sus trabajos políticos, y aún refiérese que, habiéndole objetado este último que no podía de ninguna manera, sin faltar a sus compromisos de honor, abandonar a sus amigos, el general Díaz, fuera de sí, lo puso a escoger entre la prisión inmediata y la aceptación de una embajada militar en Europa. Sorprendido Reyes, se doblegó ante la voluntad de hierro de don Porfirio. No le quedaba más camino honroso que lanzarse a la revolución, como le aconsejaban algunos amigos. La ocasión era propicia, y el Ejército hubiera secundado el golpe; mas Reyes desconfió del éxito, vaciló, y por último, volviendo la espalda a la fortuna, emprendió el camino del destierro. Apenas zarpó de Veracruz la nave que lo conducía a Europa, el corralismo exhaló un grito de triunfo y se ensañó en

(7) Dirigía *El Imparcial* el conocido periodista Rafael Reyes Spindola, y eran sus colaboradores Lul. Urbina, el Dr. Flores, el Lic. Pardo y otros notables literatos.

la facción enemiga. Algunos militares, que estaban comprometidos en la incipiente revuelta, fueron confinados a Quintana Roo y a otros lugares insalubres. El reyismo, descabezado, desapareció de la escena, y mientras Reyes, con gravedad germana, visitaba la fábrica de cañones Krupp, y en España rendía homenaje a los restos de las armerías que hicieron famosa a Toledo en los siglos XV y XVI, el cientificismo vencedor se preparaba para consumir la nueva farsa electoral.

Mas en estos momentos surgió un hombre, de esos que, de cuando en cuando, suscita la Providencia para redención u oprobio de las naciones. El factor desconocido, que juega siempre en los acontecimientos humanos, se presentó de súbito, y las primeras rachas de la tempestad azotaron e hicieron ondular con fuerza la bandera mexicana, hasta entonces recogida en el asta bajo un cielo intensamente azul y diáfano.



Capítulo II

Albores de la Revolución

Las palabras fatales: «México está preparado para la democracia», pronunciadas por el general Díaz, no habían resonado en vano, como una promesa de redención, en la grande alma popular. El pueblo, el verdadero pueblo mexicano, el paria, el ilota, que sólo hacía su aparición cada 16 de septiembre, desgredado y haraposo, para lanzar vivas a la independencia, y luego se sumergía en las tinieblas, creyó que se acercaba el momento de su liberación, y grande fué su desencanto cuando vió que el general Díaz, dando una vez más oídos a la orgullosa aristocracia, intentaba reelegirse nuevamente e imponer al odiado Corral. Así vió con marcada indiferencia el debate político entre las dos facciones enemigas, y si lanzó vivas a Reyes, fué únicamente por espíritu de oposición al régimen dictatorial.

La gran masa, desorientada, devoraba en silencio su despecho. Una juventud batalladora, que se había formado fuera de esos lechos de Procusto y ergástulos del cientifismo, llamados «Colegios Oficiales», se agitaba también sin norte, y tenía por oráculos al viejo periodista don Filomeno Mata, Director de *El Diario del Hogar*, y a otros escritores independientes.

El hombre destinado por la Providencia a unificar tantas voluntades dispersas y a servir de eje de un movimiento trágico y grandioso, escribía en aquellos momentos en su hacienda de Parras, en el Estado de Coahuila, la obra que en breve debía llevar su nombre, en alas de la admiración y del entusiasmo, a los lugares más remotos de la República. ^

Intitulábase esta obra «La Sucesión Presidencial», y su autor era don Francisco I. Madero, personaje absolutamente desconocido en los círculos políticos e intelectuales, pero muy estimado

en el alto mundo financiero, porque se le suponía dueño de una cuantiosa fortuna. (1)

La obra estaba dedicada a los periodistas independientes, a esos modestos héroes de la pluma que con rara tenacidad habían combatido a la Dictadura durante treinta años, sufriendo todo género de persecuciones, y en ella ofrecía el señor Madero esforzarse por hablar «el lenguaje de la Patria».

«La Sucesión Presidencial» constaba de 400 páginas escritas en un estilo claro, sencillo, desnudo de artificios retóricos; pero grave, elocuente y sincero e inteligible para todo el mundo.

En la primera parte, el señor Madero hacía un resumen de los acontecimientos históricos que habían conmovido a la nación mexicana desde el período colonial hasta la administración del general Díaz; exponía con admirable claridad los sucesos que culminaron con la promulgación de las leyes de Reforma y el triunfo de Juárez; comentaba el alzamiento del general Díaz contra el célebre restaurador, y transcribía las palabras con que don Porfirio terminaba su famosa proclama: «que nadie usurpe el Poder; que nadie intente reelegirse, y será esta la última revolución»; luego recordaba la conducta del ambicioso caudillo contra el venerable Presidente de la Corte Suprema de Justicia, don José María Iglesias, a quien obligó a resignar el mando; y al describir con sombríos colores el gobierno del omnipotente autócrata, anatematizaba acerbamente el asesinato de García de la Cadena, los crímenes de Veracruz (2), la insensata guerra del Yaqú: (3) y el exterminio gradual de la raza indígena.

En la segunda parte, el señor Madero hacía la crítica del gobierno del general Díaz, tratando cada uno de los ramos de la administración por separado. Del ramo de Relaciones Exteriores, observaba que había sido admirablemente servido por el

(1) La familia Madero, en junto, sumaba un capital no menor de sesenta millones de pesos y estaba emparentada con las mejores y más acaudaladas familias de México. El abuelo del futuro gobernante, don Evaristo Madero, era el hacendado más rico de Coahuila y Nueva León. Personalmente, don Francisco I. Madero contaba con algo más de seiscientos mil pesos que gastó en la propaganda política y en la campaña revolucionaria.

(2) Refiérase que don Porfirio, interrogado por el Gobernador de Veracruz acerca de qué debía hacer con veinte y pico de individuos sorprendidos en una conspiración, le contestó inmediatamente por telégrafo: «mátalos en calientes», lo que ejecutó aquel sátrapa con refinada crueldad.

(3) El Yaqú es un territorio situado a lo largo del río del mismo nombre en el Estado de Sonora. Despojados de sus tierras por inicuas autoridades y por especuladores sin conciencia, los yaquis se proveyeron de armas en la frontera, y durante largos años lucharon contra las mejores tropas de la Federación, derrotándolas y enusándoles gran número de bajas, hasta que el Gobierno los dominó trasladándolos en masa al Yucatán. La medida, aunque cruel, no era del todo mala; pero dió margen a la especulación más infame; los indios eran vendidos como esclavos a los henequeneros de esa provincia, y se les azotaba para hacerlos trabajar. Los arqueólogos Arnold y Frost, escribieron al general Díaz una carta acerca de los horrores del Yucatán, la cual publicaron más tarde en su libro «The American Egypt». He aquí un fragmento de dicha carta:

«El sedicente civilizado Yucatán está envilecido por la más negra esclavitud. Nosotros hemos presenciado hechos que acreditan esta amarga verdad. Las doncellas y las mu-

anciano constituyente Lic. Ignacio Mariscal, «hombre probo y de gran inteligencia, cuyas resoluciones se habían visto contrariadas siempre por el general Díaz.» «Nuestra política internacional —decía el señor Madero— ha sido, durante los últimos años, torpe y llena de inconcebibles debilidades, que han redundado en mengua de nuestro prestigio más allá de las fronteras, y justo es reconocerlo, no por culpa del Lic. Mariscal, sino del mismo general Díaz, quien se ha opuesto a las resoluciones enérgicas y patrióticas de su Ministro. Nuestra conducta en Centro América no ha podido ser más humillante. Con motivo del asesinato del general Barillas, inicuo crimen perpetrado en nuestra propia capital por emisarios del déspota guatemalteco, nuestra Cancillería exigió la extradición del general Lima, presunto culpable del horrendo delito, y como no se nos concediera, el general Díaz prorumpió en denuestos y amenazas, sin apoyar la justicia con las armas, con lo cual la nación quedó en ridículo ante el mundo, pues desenvainamos la espada sin razón y la envainamos sin honor. Nuestra actitud en las últimas convulsiones de Nicaragua, en un principio enérgica y gallarda, a la muerte del señor Mariscal degeneró en una sujeción vergonzosa a la política de los Estados Unidos y en un cobarde abandono del gobierno que nosotros mismos contribuimos a establecer allí. Finalmente la cesión a los Estados Unidos de la Bahía Magdalena en la Baja California, para que pueda hacer en ese lugar durante tres años ejercicios de tiro la Escuadra Blanca, es una imprevisión gravísima y entraña un criminal olvido de la dignidad del pueblo mexicano, inicua y despojada de gran parte de su territorio por aquella nación el año 47.

En lo relativo al ramo de Instrucción Pública, el señor Madero censuraba severamente al Gobierno, que, en treinta años de paz, no había sabido más que favorecer a unos cuantos literatos, sin preocuparse por difundir la enseñanza entre los diez millones de indígenas, la mayor parte de los cuales desconocía hasta el uso de la lengua española. «Urge instruir y

«Jeres de las haciendas no reciben mejor trato que el ganado, y están destinadas a satisfacer la torpe lujuria de los hacendados y de sus hijos; los trabajadores indígenas son flagelados, algunas veces hasta la muerte, y en un caso que vino a nuestro conocimiento, varias personas que intentaron revelar tan repugnantes crímenes, fueron internadas en la cárcel de Mérida y según se nos informa, todavía están allí. Para los indios no hay justicia, y a sus expensas los grandes productores de henequén aumentan diariamente sus millones. Si Vuestra Excelencia desea más informes, nosotros tendremos el honor de enviarle nombres y detalles».

El general Díaz no se enteró siquiera de esta carta, la que desapareció entre la barajada de sus papeles, y no supo nunca remediar el mal. Arrancados de su país natal y separados de sus familias, los infelices yaquis que trabajaban como esclavos en las haciendas de Yucatán, perecieron por millares. Muchos de ellos se suicidaron y otros murieron por el exceso de fatiga y la mala alimentación. Algunos de ellos, al ser conducidos de Veracruz a Mérida, se arrojaron al mar. La guerra del Yaquí se reanudó, y los indígenas ya no sólo peleaban por su independencia, sino por su vida.

civilizar ese 70 por 100 de hermanos nuestros que están sumidos en la más completa ignorancia—decía el señor Madero.—Más que suntuosos edificios en la capital, necesitamos escuelas en los campos.»

En lo relativo a la hacienda y al fomento del país, el autor decía que, a consecuencia de los monopolios y de los contratos leoninos, la riqueza no había podido desenvolverse en relación con los recursos naturales que el vasto territorio de la República ofrecía en cantidad inagotable a la codicia del agricultor, del minero y del industrial, y que, por otra parte, el pueblo, pacífico y laborioso por excelencia, se encontraba sumido en la mayor pobreza y los peones percibían jornales irrisorios. (4)

—«La riqueza—decía el señor Madero—está acumulada en unas cuantas manos. El gobierno del general Díaz únicamente ha favorecido a media docena de propietarios nacionales e extranjeros y ha sumido al pueblo en la mayor indigencia.»

Censuraba con acritud el régimen militar de don Porfirio, y decía con sobrada razón: «En las escuelas militares debe enseñarse al alumno que su principal deber está con la Patria; luego con las leyes y por último con el mandatario. El soldado debe ser el servidor del ciudadano, pues éste trabaja y le paga para que aquel lo proteja y defienda, nunca el dueño y árbitro de la República.»

La gobernación del país la juzgaba detestable. Los gobernadores, en vez de ser electos por la voluntad de los pueblos de los Estados, conforme la Constitución Federal, lo eran por el

(4) Acerca de la triste condición de los peones en México bajo el gobierno del general Díaz, copiamos algunos fragmentos del notable estudio intitulado «Las Causas de la Revolución Mexicana», obra del profundo y sagaz político licenciado Luis Cabrera, el hombre que, a nuestro juicio, ha ahondado más en el problema social y económico:

«Las causas principales de la revolución en México son, indudablemente, de carácter económico y principalmente agrario.

«La política colonial seguida por los españoles en México, consistió en posesionarse de la mayor parte de las tierras de Nueva España para los conquistadores españoles. Grandes concesiones de tierras fueron otorgadas a la Iglesia, a los caudillos, capitanes y soldados españoles, y aún a meros especuladores.»

«Con cada una de esas extensas concesiones otorgadas a los españoles, les fueron asignados cierto número de indígenas, con el objeto aparente de educarlos en el cristianismo, pero con el verdadero propósito de convertirlos en esclavos, o siervos, para cultivar y plantar las tierras que les habían sido concedidas.

«Respecto a las poblaciones indígenas que existían al tiempo de la conquista, teóricamente fueron respetadas con las tierras que les pertenecían. Se fundaron nuevas poblaciones como colonias indígenas, proveyéndolas de tierras suficientes llamadas *ejidos y propiedades* para el uso común de todos los habitantes.

«La Iglesia había adquirido grandes propiedades territoriales, ya por concesiones directas obtenidas del gobierno, o por donaciones y fundaciones de carácter privado. Las poblaciones de indígenas poseían las tierras comunales que se les habían concedido, como antes se ha expresado, para que los habitantes se proveyeran de agua, de leña, de pastos para los ganados, o bien para sembrar las mismas tierras llamadas *ejidos*.

«Desde 1856 a 1859, se expidieron las leyes de desamortización de los bienes de *manos muertas*. A mediados de 1859, la administración liberal de Juárez se vió obligada a adoptar la medida política de privar a la Iglesia de sus propiedades, adjudicándoselas a individuos que deseaban adquirirlas a bajo precio.

«También en 1859, y como una consecuencia de las leyes de desamortización, los

capricho del déspota (5), y asimismo las Legislaturas, los jefes políticos y todas las autoridades, emanaban de Chapultepec. Estos gobernadores y jefes políticos eran verdaderos sátrapas, y los pueblos sufrían en silencio su despotismo, impotentes para romper el yugo, que cada día hacíase más pesado.

La libertad de la prensa era un mito. Es verdad que no existía censura; mas no bien un escritor hería levemente la fina epidermis de la susceptibilidad oficial, trayendo a colación chismes de palacio o reminiscencias históricas, la «mano de hierro» caía sobre él y el infeliz muy pronto se daba cuenta, en los calabozos de San Juan de Ulúa o en otras mazmorras, de que México era una autocracia y don Porfirio un monarca absoluto. En cambio, los escritores, nacionales o extranjeros, que entonaban himnos en loor de la Dictadura, nadaban en la opulencia y vivían felices bajo la gran ubre dorada de la nación. Todos los periódicos, incluso uno de los dos diarios americanos (6) y excepto *El Diario del Hogar*, estaban subvencionados por el Gobierno. Así la verdad, aplastada bajo montañas de publicaciones mentirosas, nunca pudo ser conocida en el exterior.

La Corte Suprema de Justicia estaba directamente influenciada por el general Díaz, quien nombraba Magistrados y removía jueces a su antojo. A todo se prestaban las dóciles Cámaras, pues tanto los diputados como los senadores, debían sus credenciales a don Porfirio.

México, a pesar de su nombre de República, era, por todo lo expuesto, un imperio absoluto, y don Porfirio Díaz reinaba sobre diez y seis millones de hombres más esclavos que los cosacos rusos o los siervos del sultán. Si en Petersburgo, en plena avenida Newsky, una procesión cívica había sido disuelta a sablazos, en

ejidos de las poblaciones empezaron a ser divididos y adjudicados a los habitantes en pequeñas parcelas, con el propósito de crear la pequeña propiedad agrícola; pero ya por ignorancia o por falta de medios para cultivar esas tierras, éstas fueron vendidas casi inmediatamente a los terratenientes cuyas propiedades colindaban con los ejidos.

«Por el año de 1876, al princip. «el régimen «porfirista», la propiedad real de la Iglesia había sido convertida en propiedad privada individual, y la propiedad comunal de las poblaciones empezaba a ser dividida entre las masas.

«Se puede definir el régimen porfirista, diciendo que su obra principal consistió en poner el poder en manos de los ricos terratenientes; creando así un sistema feudal.

«Los gobiernos locales de los diferentes Estados de México y casi todos los empleos importantes, fueron concedidos o dominados por las familias ricas propietarias de grandes haciendas, que por lo mismo, se inclinaban a proteger a los demás propietarios semejantes a ellos. Torres e Izabel en Sonora, Terraza en Chihuahua, Garza Galán en Coahuila, Redo

(5) Una vez el pueblo de Yucatán quiso ejercitar sus derechos y nombró un Gobernador que no le plugo a don Porfirio, quien había ordenado que nombraran otro de sus simpatías. En el acto, don Porfirio telegrafió a la Legislatura local: «Satisf cho de saber que mi candidato fué electo, mando tropas para inaugurar su gobierno» Esto bastó para que los yucatecos se doblegaran ante la voluntad del déspota.

(6) *The Mexican Herald*, el único periódico americano subvencionado por un gobierno en el mundo!

México las huelgas habían terminado con espantosas hecatombes de obreros, como la de Nogales, Santa Rosa y Río Blanco. (7)

Terminaba el señor Madero proponiendo la fundación de un Partido Democrático, cuya *plataforma* sería discutida en una gran Convención, conforme el sistema de los Estados Unidos, nación que presentaba como ejemplo a sus conciudadanos.

• Esta obra demoleadora circuló profusamente e hizo profunda mella en los espíritus

El cientifismo sonrió con lástima y se encogió de hombros. ¿Quién era el iluso, el soñador, el loco, que osaba enfrentarse al general Díaz y discutir sus actos? ¡*El cosechero de Parras!* (8) ¡Había para desternillarse de risa!

El cientifismo creyó haber encontrado el adversario que le hacía falta. Don Francisco I. Madero sería un candidato bufo delante del gran Porfirio Díaz, y la oposición moriría aplastada por el universal desprecio.

Madero, en tanto, sin darse punto de reposo, reunió bajo la bandera democrática los restos dispersos del reyismo e inició la campaña política con extraordinario vigor.

Bajo sus auspicios fundó el notable publicista Juan Sánchez Azcona el diario *México Nuevo*, que vino a ser el alma del Partido.

En *México Nuevo* colaboraron Federico González Garza, Manuel Urquidí, José Vasconcelos y otros jóvenes adalides de la falange renovadora, cuyas doctrinas cayeron como gotas de luz en las masas, iluminando el abismo de la miseria popular.

en Sinaloa, Obregón en Guanajuato, los Escandón en Morelos, etc., etc., son ejemplos de los grandes terratenientes que poseían un dominio absoluto sobre el Gobierno de sus respectivos Estados.

«Las grandes haciendas pagaban aproximadamente, el diez por ciento de los impuestos que les corresponden conforme a la ley, ocultando el verdadero valor de la propiedad mientras el pequeño propietario está obligado a pagar todo lo que le corresponde y muchas veces una suma mayor por carecer de influencias para que se admitan manifestaciones, en las cuales haga aparecer su propiedad con un valor menor del que realmente tiene.

«Este sistema tan poco equitativo ha traído como resultado la desaparición gradual de la pequeña propiedad absorbida por las grandes haciendas.

«El sistema de prestar a los peones pequeñas sumas de dinero, ha dado por resultado el acumular sobre ellos enormes deudas, que no pueden pagar. Tales deudas han sido

(7) Poblaciones fabriles del Estado de Veracruz. En 1908, los obreros se amotinaron pidiendo aumento de salario. La huelga en un principio revistió caracteres pacíficos; pero como uno de los ricos industriales de esa región, burgués originario de Francia, exasperara a los trabajadores con su proceder brutal, éstos atacaron las fábricas con palos y piedras e intentaron incendiarlas. El general Díaz inmediatamente envió tropas con órdenes severas al lugar de los sucesos, y sin que mediara la menor provocación de parte de los huelguistas, los soldados dispararon sobre la multitud; y acto seguido ejecutaron a los cabecillas del movimiento. Los negros muros de las fábricas presenciaron estos horrores, de los que el autor conserva un doloroso recuerdo, pues pasó por esos lugares el mismo día de la tragedia. En tanto el adinerado burgués, que había huido a la capital, se regocijaba en su espléndido palacio contando sus millones, sin pensar que, los brillantes y rubios que lucían en sus dedos cargados de sortijas, no eran más que lágrimas y gotas de sangre cristalizadas de los infelices obreros mexicanos...

(8) Parras es una región de Coahuila muy rica en viñedos, propiedad de la familia Madero. Los escritores de «El Imparcial», para satirizar al candidato popular, lo llamaban en tono despectivo, «el cosechero de Parras».

Para contrarrestar el efecto del órgano democrático y obtener fáciles victorias que serían premiadas más tarde con esplendor, Luis del Toro, José María Lozano y otros turiferarios, fundaron *El Debate*, abominable periódico que deshonra el arte de Gutenberg y que no era más que la sentina inmunda de los odios palaciegos.

El señor Madero, con creciente actividad, recorrió el Norte, el Centro y el Sur de la República, hablando a la usanza americana, desde las plataformas de los trenes en las estaciones, y organizando clubs. Hasta la lejana Sonora y el remoto Yucatán llegó el verbo resonante del Apóstol, y los obreros y los campesinos se agolpaban a centenares en torno de él para escuchar de sus labios el nuevo Sermón de la Montaña.

Don Porfirio le dejaba hacer.... mirándolo con la soberbia indiferencia con que el león mira al tierno corderillo que tiene al alcance de sus poderosas zarpas.

El cosechero de Parras le divertía. Si Madero no hubiera surgido con sus ideales democráticos, sus arranques de libertad y su impracticable socialismo... él lo hubiera inventado, para demostrarle al mundo que México no era una autocracia, y que él podía ser electo popularmente, sin necesidad de recurrir a medidas violentas y corruptoras.

Gozaban, pues, el señor Madero y sus amigos de una libertad nunca vista en México, y como los tiempos eran llegados, en breve se constituyó el Partido Antirreeleccionista y la República despertó de su sueño de treinta años. La Convención del Tivoli del Eliseo, a la que asistieron más de doscientos delegados, fué un gran triunfo. Después de reñidas discusiones, se adoptó un programa que abarcaba catorce puntos—entre los cuales los más interesantes eran la efectividad del sufragio, la no reelección, la libertad de la prensa, el fraccionamiento de la propiedad rural, la protección a la raza indígena, el mejoramiento de la clase obrera, etc.—y se pasó a la elección de can-

usadas como un pretexto para conservar a los peones siempre al servicio de los terratenientes, y el peón mismo vive bajo la impresión de que está obligado, legalmente, a permanecer en la hacienda mientras no haya pagado sus deudas. Estas deudas, como regla general, se transmiten de padres a hijos, y han creado así la población rural en verdadero estado de esclavitud, imprimiendo en los peones mismos la convicción de que el peonaje es un mal necesario autorizado por las leyes. Esta creencia persiste a causa de la ignorancia de los peones y porque los sacerdotes han contribuido moralmente a crear este sistema.

«La gran cantidad de hombres que fué deportada de las regiones más densamente pobladas, como México, Puebla, Toluca, etc., a los Estados Sur, así como la deportación violenta de un gran número de familias indígenas de la tribu yaqui, del Estado de Sonora para trabajar como peones en el Estado de Yucatán, son ejemplos patentes del abuso de la fuerza pública para proveer de trabajadores a las haciendas y para mantener a las clases rurales en México en una condición de servidumbre».

Frederick Palmer, en su obra citada, refiere acerca de esto que un día le dijo un contratista de terracarriles: «Si Ud quiere una partida de peones, no vaya Ud. mismo a buscarlos; hable Ud. con el *Comandante*».

didatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República—resultando electos, respectivamente, los señores Francisco I. Madero y Dr. Francisco Vázquez Gómez, habiendo tenido votos, para esta última designación, los señores licenciados Toribio Esquivel Obregón y José María Pino Suárez.

Una vez electo candidato, Madero recorrió en triunfo Puebla, Veracruz, Zacatecas, Coahuila, Chihuahua, Jalisco y otros Estados, y aunque las autoridades le oponían serios obstáculos,—como en Guadalajara, donde le negaron todos los teatros y tuvo que realizar la reunión bajo una—carpa—estas mismas dificultades aumentaban su popularidad hasta el extremo de que vino a ser el ídolo de las masas. Su oratoria era fluida y espontánea a la par que ardiente y persuasiva. No era un tribuno; pero lograba llevar al ánimo del pueblo la fe de que se sentía animado y el entusiasmo de que estaba poseído.

El general Díaz, en tanto, se momificaba en Chapultepec entre los esplendores de su Corte oropelesca. El «héroe del 2 de abril» yacía arrinconado en su palacio como una vieja espada mohosa en un armero, confiado en su popularidad y sin imaginarse jamás que aquel «chaparrito» (9) de la voz chillona que había ido a visitarlo un día al Castillo, estaba en aquellos momentos minando el terreno bajo sus plantas.

Acerca de esta entrevista, refiérese que don Francisco I. Madero, en los días en que se hallaba ocupado en la organización del Partido Democrático, se dirigió a Chapultepec con un ejemplar de «La Sucesión Presidencial».

Admitido a la presencia del general Díaz, le obsequió el volumen y le rogó que lo leyera con detenimiento.

Don Porfirio paseó con negligencia la mirada por la cubierta y le preguntó:—¿Qué es esto?

—General—le contestó Madero—es una obra mía que acabo de publicar. Trata de política. Como Ud. no ignora, la Convención del Partido Antirreeleccionista que se efectuó en el Tivoli del Eliseo, me confirió el honor de postularme candidato a la Presidencia de la República, y deseo saber con qué garantías podemos contar para la actual campaña.

El general Díaz, por humilar quizás a su adversario y demostrarle cuán en poco lo temía, le contestó con esta humorada:

—Con las mismas que le he concedido a Zúñiga y Miranda (10).

(9) Diminutivo de *chaparro*, nombre que se da en México a las personas de baja estatura.

(10) Candidato bufo que era el hazmerreír de los mexicanos. Se le veía siempre vestido de levita y chistera, lo que aumentaba su agigantada estatura. Era abogado, y fuera de su manía presidencial, razonaba y procedía con juicio.

—General—replicó Madero sin inmutarse—el movimiento democrático es serio y si Ud. no nos imparte las garantías a que tenemos derecho según nuestra carta constitutiva, *habrá revolución*.

—¿Revolución?—exclamó el general Díaz.—Pero Ud. ignora que el país está cruzado de ferrocarriles; que mi gobierno es fuerte; que dispongo de más de cuarenta mil soldados y rurales; que en tres décadas de paz la nación ha perdido el hábito de la revuelta, y finalmente, que el pueblo mexicano me es adicto? ¡Revolución! ¿y quién es capaz de hacerla?

—*Yo mismo*—contestó intrépidamente el señor Madero—si Ud. no respeta nuestros derechos.

El general Díaz midió con la vista a su adversario, y sonrió. El hombre que tenía delante vestido con un traje de jaquet claro, era de pequeña estatura, delgado nervioso y de voz desapacible. Por otra parte, su lenguaje era tan insólito que el «héroe del 2 de abril» alto, fornido y recargado de cruces y galones, no pudo menos de sonreír, comparándolo con el general Reyes, un personaje realmente temible y sobre el que había obtenido una fácil victoria.

Don Porfirio colocó con negligencia el libro sobre una mesa, y Madero, comprendiendo que había llegado al final de la entrevista, se despidió de él, rogándole de nuevo que leyera la obra y que personalmente estudiara la situación, pues el pueblo mexicano ya no era el mismo de años atrás y estaba sediento de libertades.

Aquellos dos grandes hombres, uno de los cuales representaba el pasado y otro el porvenir, se separaron sin haberse comprendido. Madero se alejó con la firme persuasión de que únicamente por medio de la fuerza podría derribar la Dictadura y establecer un gobierno democrático. El general Díaz, al conocer personalmente a su antagonista, se aferró en la idea de que, en realidad, la oposición que se le hacía no era formal, pues, de otra manera, no hubiera escogido como jefe a una persona que, según el sentir de sus oficiales, no tenía siquiera la estatura de un hombre vulgar.

Cuando don Porfirio vió claro, se espantó de su propia obra. La República entera, delirante de entusiasmo, clamaba «democracia», «justicia» y «libertad» y los pueblos corrían en masa a escuchar la palabra del «Apóstol» y a cubrir de flores su senda. Grandes multitudes se arremolinaban a su paso para recibir sus inspiraciones, y él iba de lugar en lugar, sencillamente vestido, con la frente iluminada por resplandores proféticos, como Jesús en Palestina, cuando el amor a la humanidad lo condujo al Jordán y de ahí a Galilea y más tarde a Jerusalén, en donde entró triunfante entre palmas y vítores, en medio

del regocijo popular, y de donde salió a los pocos días encorvado bajo el peso de la cruz, con la corona de espinas en la frente y el divino rostro manchado de sangre y sudor, bajo los sarcasmos de los fariseos, las maldiciones de los sacerdotes y la indiferencia estúpida de la plebe.

La gran manifestación que se celebró en México en honor de los candidatos antirreeleccionistas, sembró el terror en el Partido Científico. Más de cuarenta mil personas desfilaron por las principales avenidas de la capital, desde el Paseo de la Reforma hasta la Plaza de la Constitución, en un orden admirable, ostentando estandartes y pendones. Madero y Vázquez Gómez fueron aclamados con delirio, y la enorme multitud se dispersó inflamada por el recuerdo patriótico de sus grandes caudillos, Hidalgo, Morelos y Juárez, evocado por el nuevo Apóstol.

El Cientificismo, despavorido, corrió a Chapultepec, y don Porfirio, que se había forjado la ilusión de ser reelecto popularmente en lucha con un antagonista que juzgó poco temible, creyó entonces del caso desenvainar la «matona» (11). Tarde era, sin embargo, para refrenar un movimiento que había cobrado tanta fuerza a causa de la indiferencia con que al principio fué mirado por el elemento oficial. Lo que se juzgó simple llamada, ya no sólo era un incendio sino una conflagración. El pueblo todo ardía como hojarasca reseca por el estío y las primeras medidas restrictivas que se ensayaron, dieron resultados contraproducentes. Así como estallan los frenos al intentar detener bruscamente una locomotora lanzada a toda velocidad, de la misma manera en manos del general Díaz se rompían, como si fueran de vidrio, las pesadas cadenas con que intentaba paralizar la evolución política que cada instante se hacía más vertiginosa y que en su origen él pudo haber contenido con suma facilidad.

Hostilizado el antirreeleccionismo, cobró mayor fuerza. Los órganos oficiales, al vilipendiar a Madero, lo ensalzaron a los ojos del pueblo, y en breve el general Díaz no pudo contar ni con la adhesión de las personas que lo rodeaban.

En estas circunstancias, el señor Madero, que se encontraba en San Luis Potosí, pronunció las palabras memorables que fueron el primer anuncio de la borrasca: «El pueblo mexicano está harto de imposiciones, y no toleraremos un nuevo insulto a su soberanía».

Estas palabras resonaron bajo los artesonados de Palacio

(11) Nombre burlesco que se daba a la espada del general Díaz.

como una amenaza que sembró el pánico entre los Ministros y los amigos del general Díaz. «Basta ya de contemplaciones» dijeron éstos, y aquella misma tarde acordaron la prisión de Madero y la disolución del Partido Antirreeleccionista.

Bastó la delación de un esbirro que había escuchado el discurso del señor Madero en San Luis Potosí, y se libraron órdenes apremiantes de captura a las autoridades de Monterrey, donde se encontraba en su jira democrática el «Apóstol.»

De esto tuvo conocimiento el señor Madero al finalizar la reunión que en aquellos momentos se verificaba en dicha ciudad, y asomándose al balcón del hotel, exclamó, dirigiéndose a la enorme multitud que lo aclamaba: «El general Díaz quiere, por medio de la fuerza, disolver nuestro Partido; pero ya pasaron los tiempos en que era posible oprimir y vejar al glorioso pueblo mexicano. Si el general Díaz no abandona esa política atentatoria contra nuestras libertades, si quiere imponerse por medio de la violencia, nosotros estamos en condición de repeler la fuerza con la fuerza, y si es necesario, iremos a la revolución!»

Terminada la reunión, varios agentes de policía penetraron en el hotel, y prendieron al señor Madero y al licenciado Roque Estrada, que lo acompañaba.

La prisión de Madero produjo una inmensa excitación en México. El Partido Antirreeleccionista protestó airado; mas luego, teniendo nuevas violencias, acordó suspender sus órganos de publicidad y disolverse en espera de los acontecimientos; el Dr. Vázquez Gómez se sumió en el silencio y continuó atendiendo a sus enfermos, entre ellos, al general Díaz, del que era médico de cabecera; su hermano, el licenciado Emilio Vázquez, y otros *leaders* del antirreeleccionismo, se eclipsaron; los jefes del viejo Partido Democrático, volvieron a sus acostumbradas labores; el licenciado Manuel Calero aceptó una Subsecretaría en el Gabinete de don Porfirio; y el gran tribuno Jesús Urueta se dedicó a dar conferencias literarias en la frontera. El cientificismo respiró y los diarios oficiales exhalaban un grito de triunfo.

Si los «científicos» se hubieran asomado a ese abismo que se llama el alma popular; si en las lóbregas de esa alma hubieran vislumbrado los bruscos relampagueos precursores de la borrasca, indudablemente no hubieran celebrado su pretendida victoria. Madero, cautivo, se engrandeció a los ojos del pueblo, y los descamisados fincaron en él todas sus esperanzas de redención. «Cuando el general Díaz lo sepulta en una mazmorra, es porque lo teme — se dijo la multitud — y cuando mis expoliadores lo insultan, es porque él es mi defensor.»

El día, pues, que don Porfirio ordenó la prisión de Madero,

se proscribió a sí mismo y lanzó al pueblo mexicano a la vorágine de la revolución y la anarquía.

El 16 de septiembre se acercaba rápidamente, y el general Díaz, ya tranquilizado, respecto de la situación política, se dispuso a celebrar con inusitado esplendor, como correspondía a una gran nación y a un pueblo culto, poderoso y rico, el centenario de la independencia.



Capítulo III

El Centenario

El 16 de septiembre de 1910 (1), don Miguel Hidalgo y Costilla, humilde cura de la iglesia de Dolores, en el hoy Estado de Querétaro, lanzó el grito de independencia y comenzó la magna obra de sacudir el yugo de la dominación española, la que debía cesar once años más tarde al suscribir don Agustín de Iturbide el famoso Plan de Iguala.

Hidalgo, a la cabeza de una muchedumbre imperfectamente armada, tomó y destruyó el fuerte de Granaditas, y vencedor en la batalla del Monte de las Cruces, fué vencido a su vez en la del puente de la Calderona.

Excomulgado por el Arzobispo metropolitano, y perseguido como una bestia feroz, el ilustre Hidalgo pagó con la vida su generoso intento de libertar su patria.

De su sangre, surgió Morelos, el genio que debía emular en México las hazañas de Washington y de Bolívar.

El bravo defensor de Cuautla, cayó a su vez prisionero, y fué fusilado por la espalda como su heroico Jefe.

Mas las ideas no mueren con los hombres. Encarnan en ellos, y, cuando los hombres fenecen, flotan en el ambiente, como gérmenes invisibles hijos de las necesidades sociales, y al encontrar un alma propicia para su desarrollo, prenden en ella, y continúan propagándose en las conciencias, hasta que se realizan. La sangre de los mártires del cristianismo, derramada en el Circo Romano y en los jardines del César, fecundó la admirable doctrina del redentor hebreo. Nada pudo impedir que el

(1) No fué precisamente el 16, sino la noche del 15; mas en México se acostumbra celebrar el 16, pues en la alborada de ese día fué que Hidalgo se levantó con los aldeanos que habían escuchado al toque de la histórica campana.

paganismo pereciera; sus crímenes aceleraron su caída y murió ahogado en la sangre de sus propias víctimas. Así también el espíritu intolerante de los inquisidores de los siglos XV y XVI pereció asfixiado por el humo de las hogueras que había encendido para destruir la «impiedad». De la sangre de Morelos, surgieron Guerrero, Mina y otros héroes que lucharon sin tregua, hasta que la bandera de los independientes onduló en el mismo palacio de los virreyes.

La fiesta del Centenario fué la apoteosis del Gobierno del general Díaz. Jamás en México se había visto tanta magnificencia. La capital resplandecía como París en los días dorados del segundo Imperio. Todas las naciones, invitadas a las grandiosas ceremonias, habían enviado embajadas especiales, y a pesar de que México abunda en edificios suntuosos, faltaron palacios para albergar dignamente a tantos ilustres huéspedes, capitanes generales, duques, marqueses, condes, contraalmirantes, etc. Las principales familias de México tuvieron a gala ceder sus riquísimas residencias con todo su mobiliario, y así en el palacio Braniff se alojó el marqués de Polavieja con su preciosa hija y los miembros de la misión española; en la morada de Scherer albergóse el Ministro alemán, y las colonias o barrios elegantes de la capital se llenaron de embajadores, príncipes y agregados militares. España envió un cuadro de oficiales; Estados Unidos un cuerpo de marinos, que el general Díaz, con inconcebible olvido del sacrificio de los niños héroes el año 47, alojó en el colegio militar de Chapultepec; Francia, un crucero protegido, cuya oficialidad traía el encargo de devolver a México las llaves de la ciudad de Puebla; Brasil la fragata «Benjamín Constandt» y la Argentina, a pesar de que celebraba al mismo tiempo el centenario de su independencia, envió la fragata «Sarmiento» con un cuerpo de marinos que desfiló por la avenida de San Francisco bajo lluvias de flores. Así, cada nación procuró demostrar su afecto a la joven República y el placer con que miraban sus admirables progresos.

El marqués de Polavieja, en nombre de España, devolvió a México el traje de Morelos, y el general Díaz, en una imponente ceremonia, recibió con profundo respeto los reliquias del héroe. Francia regaló una hermosa estatua de Pasteur, que fué colocada en los jardines de la estación del Ferrocarril Nacional, frente al Paseo de la Reforma; los Estados Unidos ofrecieron un precioso mármol representando a Jorge Washington, que fué descubierto en la Colonia Juárez, y Alemania obsequió la soberbia estatua de Humboldt, que hoy decora el crucero de las calles de San Agustín y de Isabel la Católica, en la esquina principal del jardín de la monumental Biblioteca. La colonia

turca regaló a la capital un valioso reloj, engastado en una preciosa torrecilla de finísimos mosaicos. El Japón envió una embajada especial con curiosas y ricas ofrendas consistentes en jarrones, tapices, alfombras y otros objetos del país de los daimios y de las gheisas, Austria-Hungría, Bélgica, Holanda y otros muchos países, hicieron también espléndidos presentes a la nación mexicana. De la América Española concurren notables literatos y eminentes estadistas. Nicaragua envió al príncipe de sus escritores, Rubén Darío; mas en el tránsito de éste de la Habana a Veracruz, cayó el gobierno del Dr. Madriz, y el general Díaz, por una rígida interpretación de los cánones de la diplomacia, no aceptó sus credenciales, por lo cual el poeta se quedó en Veracruz y regresó a Europa después de visitar en Jalapa la residencia de Díaz Mirón.

La apoteosis del moderno México fué también la apoteosis del general Díaz. Los soberanos todos de la tierra le dispensaron homenajes y le confirieron honores cual pocos de ellos habían recibido de sus iguales. El pecho de don Porfirio resplandecía constelado de condecoraciones espléndidas y raras, y en sus cofres de joyas atesoraba collares, cruces y medallas de inestimable valor. El Kaiser le regaló su propio retrato, pintado al óleo por uno de los mejores artistas alemanes; y los reyes lo llamaron «hermano», admitiéndolo en la excelsa familia de los príncipes.

Durante las fiestas del Centenario, se descubrieron el monumento a Juárez, en la avenida del mismo nombre,—una preciosa columna de mármol en forma de anfiteatro, rematada por un grupo artístico que representa al Reformador en el instante de ser coronado de laureles por la Patria agradecida,—y la columna de la Independencia, en el Paseo de la Reforma,—una columna como de sesenta metros de altura, con la base rodeada de estatuas y leones alegóricos, y la parte superior rematada por el ángel aéreo de la República, cuya gigantesca figura dorada resplandece a lo lejos como la cúpula de los Inválidos o el áureo dombo del Kremlin.

Las grandes casas de comercio de la avenida de San Francisco, del 16 de Septiembre, del 5 de Mayo y del 25 de Febrero, rivalizaron en lujosos adornos; el Centro Mercantil, el Palacio de Hierro, la casa Mosler, la Esmeralda y otros grandes almacenes y tiendas de moda, resplandecían de luces. Los edificios públicos parecían acribillados de bombillas eléctricas. Las calles de la capital estaban llenas de gallardetes, y en las esquinas alzábanse grandes arcos de triunfo, muchos de ellos formados de flores, derroche milagroso de claveles, gardenias y violetas, que regocijaba la vista y suspendía el ánimo. Miles de coches y

automóviles llevaban de un sitio a otro una muchedumbre de forasteros, deseosos de no perder el más pequeño detalle de las fiestas. Los hoteles y las casas de huéspedes eran insuficientes para contener la enorme población flotante. En las calles sólo se veía gente vestida con elegancia. Los andrajos habían desaparecido como por encanto (2). Indudablemente los embajadores y sus familias, que sólo vieron de México las regias mansiones, que desde que se levantaban hasta que se recogían, hallábanse rodeados de diplomáticos y militares resplandecientes de oro; que pasaban de un banquete a una ceremonia cívica, luego a un baile, y nunca percibieron las huellas de la miseria, debieron llevarse de la ciudad un recuerdo muy grato y del gobierno de don Porfirio un concepto muy elevado, y una vez en las cortes europeas o en los círculos sociales de América, su imaginación debió de vagar largo tiempo por la encantadora Tenoxtitlán, en ensueños de flores, luces, vibraciones musicales, aromas, sedas, blondas, encajes y entorchados de oro. Las batallas de flores, los carros alegóricos, los grupos de guerreros vestidos a la usanza antigua, los caballeros águila y los caballeros tigre con sus rodelas de plumas y sus pesadas macanas; Moctezuma en su regio palanquin; luego los guerreros españoles con sus armaduras y sus mosquetes; Cortés a caballo con doña Marina; esta resurrección de una época pretérita en las calles asfaltadas llenas de luz y alegría; el paseo a Xochimilco, las ligeras góndolas deslizándose entre las chinampas rebosantes de flores y de verdura; las diversiones populares, la gran plaza de toros abigarrada de espectadores; el Zócalo iluminado en las noches por los juegos artificiales; el magnífico cuadro de don Porfirio, cruzando la avenida de San Francisco en carruaje descubierto, de gran gala, arrogante, feliz, al lado del marqués de Polavieja resplandeciente de oro, ambos con el pecho cubierto de condecoraciones y con charretas que semejaban áureas cascadas que se desprendían de sus hombros; detrás la guardia presidencial en sus grandes caballos, andaluces y los vistosos plumeros flotando al viento; luego el cortejo de los ministros, y por último los magistrados, los senadores y los diputados; todo esto debió de impresionar profundamente a los ilustres huéspedes, como impresionó sin duda a los forasteros la gran exposición de París en tiempo del tercer Napoleón, cuando en la Ciudad Luz se reunieron, para deslumbrar a Europa, todas las maravillas del Asia y las riquezas de América. Nadie hubiera pensado, al contemplar al glorioso Emperador en

(2) Para evitar el espectáculo repugnante de la miseria popular, el Gobernador del Distrito Federal, don Guillermo de Landa y Escandón, había ordenado que todos los mendigos fueran recogidos y se les dieran ropas decentes a los pobres.

el salón del trono, en medio de su corte de príncipes y mariscales, y al lado de su feliz esposa, Eugenia, la del cuello de nieve y los ojos de gacela, que todo aquel esplendor no era más que un manto de brocado y de oro con que el despotismo cubría las miserias del pueblo francés; que pronto sobrevendría la catástrofe del Imperio y que de las ruinas de París, destruido por las bombas prusianas e incendiado por la Comuna, surgiría la República definitiva, grande, rica y poderosa. El fausto del imperio porfiriano era también el ropaje dorado que cubría las miserias del pueblo de México, como el manto de púrpura bordado de piedras preciosas que ocultaba el pecho canceroso y las piernas de piedra del príncipe cautivo de los cuentos árabes. El cuadro halagüeño que el general Díaz había pintado al periodista Creelman, estaba muy lejos de representar la realidad. México había prosperado; mas no en la medida que era de esperar de su paz dilatada y de sus inmensos recursos naturales (3) No podía, pues, el régimen dictatorial vanagloriarse de haber levantado económicamente a México al nivel de las más prósperas naciones de la tierra.

A la sombra de la Dictadura, habíanse formado fortunas fabulosas como la del anciano general don Luis Terrazas, en Chihuahua, y la de don Niño Noriega en el Estado de México y en otras regiones de la República; el elemento extranjero se había enriquecido y los *científicos*, con raras excepciones, habían acumulado grandes capitales, como el propio Limantour; pero la clase media y el pueblo bajo continuaban sumidos en la mayor pobreza; los indígenas de casi todo el país habían caído en una degradación espantosa; era difícil reconocer en los infelices tlascaltecas, morelenses y oaxaqueños embrutecidos por el *pulque*, a los descendientes de aquellos bravos guerreros que se opusieron a la dominación española y de aquellos célebres arquitectos y astrónomos que cubrieron a México de palacios y pirámides y grabaron en piedra los imágenes de sus dioses y las revoluciones de sus astros; el populacho, abandonado a sí mismo, llevaba una vida perezosa y miserable, contentándose con ganar a lo sumo, una peseta o un *lotón* al día en una tierra donde los cerros son de oro y de plata y donde las montañas manan leche y miel, como dice de la Tierra de Promisión la Sagrada Escritura;

(3) En 1910, México ocupaba entre los países de América, con relación al número de sus habitantes, el séptimo lugar en aumento de riqueza, después de los Estados Unidos, la República Argentina, el Uruguay, Chile, Brasil y Cuba. En el año del Centenario, la población de la República se estimaba en 16,000,000 de habitantes y el valor de su comercio en el año fiscal (exportación e importación) alcanzaba a unos *trecientos millones de dólares*. En el mismo año la Argentina con 7,000,000 de habitantes, exportó e importó por valor de *setecientos millones de dólares*, y Cuba con 2,000,000 habitantes, exportó e importó por valor de *doscientos millones*.

en Yucatán y en otros lugares practicábase en grande escala la *trata de yaquis* con la complicidad de las autoridades (4); el *zapatismo* existía en germen en las masas, y sólo esperaba un momento propicio para desarrollarse; en plena avenida de San Francisco, en medio de los esplendores del gran mundo, de cuando pasaba, como una mácula errante, rozando las levitas de los caballeros y los perfumados corpiños de las damas, una india medio vestida, envuelta en un pedazo de manta, desgrefñada y sucia, con una criatura a la espalda; más del 70 por ciento de la población no conocía las primeras letras; en los desiertos de Nueva León y Chihuahua, muchos infelices vivían a la orilla de la línea férrea, en ranchos miserables o en covachas cavadas en la tierra, que no les hubieran envidiado los tarahumares ni los tarascos; los pueblos que durante el coloniaje, por sabia disposición de los virreyes, poseían los *ejidos* o tierras circundantes de las villas y aldeas, se encontraron despojados por especuladores sin conciencia y autoridades indignas; clamaron justicia y se les desoyó; se amotinaron y el gobierno los dominó por medio de la fuerza; el caciquismo se adueñó de las poblaciones, y un silencio de muerte imperó en toda la República. Este era el verdadero espectáculo que ofrecía México a la civilización al llegar el Centenario de su gloriosa independencia.

El pueblo, que había contemplado con indiferencia la lucha de Reyes y Corral, se sintió despertar cuando la palabra de Madero, luminosa como una aurora y ardiente como una tempestad, vino a arrancarlo de su somnolencia. Preso su apóstol, se sentía huérfano y desamparado, y asistía a las fiestas del centenario de su independencia como un comparsa obligado de la gran comedia con que la Dictadura intentaba deslumbrar al mundo, sin la menor alegría en el semblante ni la más leve esperanza en el corazón.

El aparato grandioso del Centenario estaba destinado a ser consumido por las llamaradas del incendio popular. Todos aquellos arcos de triunfo, la púrpura y la seda de las damas, las galas de los palacios, los penachos y los entorchados de los militares, los vericú, los espadines y las cascacas rameadas de oro de los diplomáticos, las estrellas y los cordones de honor, las condecoraciones rutilantes, los cascos plateados, cuanto constituía el orgullo y el esplendor de aquella administración fastuosa, debía volar hecho pavesas al espantoso estallido de la revolución.

Pasó el Centenario; los Embajadores y los Ministros extranje-

(4) El libro del americano Turner intitulado *México Barbarous*, reveló al mundo muchas infamias y miserias ocultas. Indudablemente Turner recargó mucho las tintas; pero su libro contiene verdades que las mejores plumas no lograron desvanecer.

ros regresaron a sus respectivos países; México recobró su fisonomía habitual, y el pueblo quedó a solas con su gran dolor. Las iras, contenidas un momento por las fiestas patrias, volvieron a inflamarse; mas como un fuego sordo, que va consumiendo sin levantar llama, y que de repente aparece desplegando ante los ojos atónitos miriadas de flámulas con la violencia de una conflagración, así el espíritu de la rebeldía prendió en los corazones y no debía tardar en manifestarse con fuerza incontrastable, en tanto que el Dictador, deslumbrado por el espectáculo de su falsa grandeza y adormecido por el arrullo de las lisonjas cortesanas, consideraba solucionado el problema político, y creía firmemente que su alma heroica, que había guiado durante treinta y cinco años al pueblo mexicano, se traspondría en Chapultepec, como ese sol glorioso que iluminaba con rojos clarosores la cumbre nevada del viejo Popocatepetl.





El célebre Ministro de Hacienda
del Gral. Díaz
don José Yves Limantour



Licenciado Ramón Corral
Vice-Presidente de la República
y Ministro de Gobernación

ciones patrióticas en la capital y en los Estados. Estas manifestaciones comenzaron por ser antiyanquistas; mas pronto degeneraron en verdaderos motines contra el Gobierno. En la capital, los manifestantes recorrieron con banderas las principales avenidas; frente al Hotel Sanz, elevaron en hombros a un negro, victoreándolo como una muestra de simpatía a la raza odiada por los soberbios hijos de la «joven América», que se vanaglorian de formar la vanguardia de los pueblos civilizados; luego se dirigieron a las oficinas de «El Imparcial», y principiaron a quemar el edificio. En ese momento, el brigadier Félix Díaz, Inspector General de Policía, acometió a los amotinados; hizo algunas aprehensiones y apagó el incendio, que ya había consumido varias puertas y la venta de periódicos del día.

En Guadalupe y en Puebla estallaron también algunos desórdenes so pretexto del linchamiento de Rodríguez. Las relaciones con los Estados Unidos se enfriaron y se temió un rompimiento; mas pronto la dificultad se arregló satisfactoriamente por la vía diplomática; es decir, el Gobierno americano prometió castigar a los presuntos culpables, no hizo nada en este sentido, y el viento esparció por el trágico bosque las cenizas de Rodríguez.

Pocos días después de este incidente, aparecieron fijados en las calles de México algunos carteles, que no contenían más que esta fecha misteriosa, impresa en grandes caracteres: **20 de Noviembre**.

La gente acostumbrada a las sorpresas comerciales, apenas se fijó en los carteles; mas, indudablemente, algunas personas sí sabían lo que esa leyenda significaba.

El Partido Antirreeleccionista había agotado todos los recursos legales para impedir que se consumara el nuevo atentado contra la soberanía del pueblo, y, a pesar de que no reconocía al Congreso de la Unión como un Poder legítimamente constituido, elevó al mismo un memorial suscrito por muchísimas personas, protestando contra la elección de los señores Díaz y Corral. El Congreso no hizo caso del memorial y lo archivó. En vista de ello, el señor Madero creyó que había llegado el momento de derrocar la Dictadura, y señaló el 20 de noviembre para el levantamiento general. Eso significaba la fecha misteriosa que apareció en los muros de los edificios de la ciudad de México pocos días antes del alzamiento, como el «Mane, Thecel, Phares» del último Rey de Babilonia.

El 17 de noviembre cayó en manos del Gobierno el célebre manifiesto revolucionario llamado «Plan de San Luis Potosí», suscrito por el Jefe del antirreeleccionismo Francisco I. Madero, y se hicieron numerosas aprehensiones, entre otras, la del ingeniero Alfredo Robles Domínguez, quien, según más tarde se dijo

sin que nosotros lográramos comprobarlo, denunció el complot, de manera que el general Díaz se encontró, al parecer, dueño de la situación, con todos los hilos de la trama en la mano.

El plan revolucionario era muy vasto, pues abarcaba casi toda la República. En la capital, el encargado de la dirección del movimiento era el ingeniero Robles Domínguez; en Puebla, Aquiles Serdán; en Chihuahua, Abraham González; en Coahuila, Venustiano Carranza; en Veracruz, Enrique Bordes Mangel; en Zacatecas, Guadalupe González, y en Yucatán, Tabasco y Campeche, el Lic. José María Pino Suárez.

En la capital los revolucionarios debían asaltar Palacio y las residencias del general Díaz y de sus Ministros para apoderarse de sus personas.

Puesta la policía en movimiento, descubrió varias cajas de rifles, escopetas, revólveres, bombas de dinamita y parque en abundancia.

Dominada la situación en México, el Gobierno libró orden a los Gobernadores de los Estados para que se apoderaran de los principales cabecillas de la revuelta.

El Gobernador de Puebla, general Mucio Martínez, el personaje más fatídico de la Administración Díaz, recibió el telegrama urgente de Chapultepec en la noche del 17, y resolvió aprender a los conspiradores en la mañana del siguiente día.

Con este objeto, llamó al Inspector de Policía Miguel Cabrera, Spoletta de aquel Scarpia, y le ordenó que rodeara la casa de los Serdán con quince o veinte hombres y se apoderara de los revoltosos.

Algo debió de sospechar Aquiles Serdán cuando en la noche envió emisarios a los obreros de varias fábricas, que se habían comprometido a tomar parte en el levantamiento, a fin de que se prepararan para el día siguiente. Los dos hermanos, Aquiles y Máximo, reunieron media docena de partidarios, se atrincheraron en su casa y se dispusieron a vender caras sus vidas. La esposa y las hermanas de Aquiles, con un temple de alma propio de las hijas de la antigua Grecia, se ocuparon de llenar de dinamita las perillas de las camas, cargar las armas, disponer el parque y preparar vendas para los heridos.

Bien ajena estaba la ciudad angelopolitana, que dormía apaciblemente al pie de sus volcanes, de que al amanecer se desarrollaría en su seno una tragedia espantosa.

Apenas rompió el alba, Aquiles dispuso la defensa de la casa. Máximo debía rechazar con algunos hombres el ataque desde el terrazo; otros harían fuego desde las ventanas, y las mujeres dispondrían el parque y estarían al cuidado de los combatientes.

Serían las siete de la mañana cuando el inspector Cabrera, al

frente de una veintena de polizontes, se aproximó a la casa de Serdán, y como no viera nada de extraordinario en ella, se llegó hasta la puerta y llamó fuertemente con la pistola, que a precaución traía empuñada. Se abrió un ventanillo, y apareció el rostro pálido de una mujer, el de Natalia, la hermana de los Serdán.

—¿Qué quieren ustedes?—interrogó la joven.

—¡Abra la puerta!—gritó impaciente Cabrera.

En vez de obedecer, la joven Serdán apuntó rápidamente al esbirro con el revólver que llevaba en la mano, y le descerrajó un tiro a quemarropa. Cabrera cayó de espaldas sin exhalar un grito. La bala le había destrozado el corazón.

Así, el primer tiro de la Revolución mexicana fué disparado por una débil mujer, como si la Providencia hubiera querido demostrar por este hecho la justicia y nobleza de la causa de Madero, pues es evidente que sólo las grandes conmociones populares engendran mártires y arman el brazo de las mujeres y de los niños e inflaman el marchito corazón de los ancianos. Juana de Hachette, arrancando un estandarte borgoñón de los muros de Beauvaix y Bara y Viala muriendo, como los héroes de Homero, bajo el espantoso fuego de la fusilería austriaca, no tuvieron ciertamente un gesto tan sublime como Natalia, al descargar su arma preñada de rayos por la vindicta popular, contra el más odioso de los esbirros del sátrapa de Puebla.

A la detonación, Máximo y sus hombres, que estaban en el terrado, hicieron fuego sobre los gendarmes, que huyeron en desorden, dejando el cadáver de su jefe tendido ante la puerta de la casa.

Aquiles Serdán envió inmediatamente un emisario en busca de refuerzos, y esperó el ataque de los contrarios.

Al ruido de los disparos toda la ciudad se conmovió, creyendo que asaltaban los cuarteles. El Gobernador anunció inmediatamente lo que sucedía al Jefe Militar, y éste ordenó que una o dos compañías marcharan al lugar de los acontecimientos y redujeran a viva fuerza a los revoltosos. La policía de Puebla fué concentrada en torno de la casa, y se estableció un sitio en toda regla.

Aquiles y Máximo Serdán comprendieron que no les llegaría ningún refuerzo y se resolvieron a morir heroicamente.

Las mujeres pelearon con sin igual bravura. Natalia y Carmen, emulando en valor a sus hermanos, disparaban sus armas y, de cuando en cuando, descendían a las habitaciones inferiores a traer parque a Máximo, a quien ya le habían matado dos hombres.

La defensa fué heroica. Más de trescientos hombres rodeaban la casa, y sin embargo, no se atrevían a dar el asalto

definitivo, pues no bien se aproximaban, llovía sobre los soldados y los gendarmes una granizada de balas. Un pelotón que se acercó a la puerta al mando de un oficial, fué destrozado por varias bombas de dinamita que le arrojaron desde la azotea.

Al medio día, Máximo cayó herido mortalmente, y cesó el fuego de una y otra parte. Entonces los soldados avanzaron con precaución, y se apoderaron de la casa. De los defensores únicamente estaban con vida las mujeres y Aquiles Serdán, quien, al parecer, había logrado escaparse. Natalia, herida en un hombro por una bala de mauser, fué atada con las manos a la espalda e insultada por la soldadesca, que se entregó a la destrucción y al saqueo.

¿Qué había sido de Aquiles Serdán? Los militares y los esbirros lo buscaron largo tiempo por toda la casa y los edificios circunvecinos, sin hallar el menor rastro de él. Aquiles, después de haber luchado heroicamente, cuando ya habían muerto todos sus hombres y ninguna esperanza quedaba de socorro, arrojó el rifle y se refugió en un escondrijo que había preparado bajo la alfombra de uno de los cuartos hacía ya varios días, en previsión de un caso semejante. Después de doce horas de angustias, en que sentía andar sobre su cabeza a sus perseguidores y escuchaba posiblemente sus aullidos de triunfo y sus blasfemias, séase porque ya no podía permanecer por más tiempo en la posición forzada en que se encontraba en el agujero, séase porque, no oyendo el menor ruido, creyera que la casa estaba libre de enemigos, Serdán se dispuso a salir de su escondite. Un soldado que se hallaba cerca, escuchando un rumor extraño bajo el piso, se lo comunicó a un oficial, el que, acompañado de varios soldados, se aproximó al lugar, hizo quitar la alfombra y remover el piso, y descubrió al desgraciado Serdán. Como el oficial tenía orden de no hacer prisioneros, dió la voz de fuego, y el infeliz, perforado el cráneo por una bala, quedóse allí mismo en el sótano ya convertido en fosa.

La hecatombe de la casa Serdán resonó espantosamente en México; mas lejos de sembrar el terror en los revolucionarios, levantó su espíritu, pues demostró que el Gobierno del General Díaz no era invencible, desde el momento en que un puñado de hombres y mujeres resueltos a morir, habían resistido durante varias horas el ataque de trescientos soldados y gendarmes, causándoles más de cincuenta bajas. El episodio, agigantado por la fantasía popular, enardeció los ánimos. La trágica figura de la joven Serdán matando al esbirro Cabrera y luego combatiendo, rifle en mano, al lado de sus hermanos, tomó las proporciones de Carlota Corday o de la inmortal Leona Vicario; Máximo, en la azotea, oponiéndose con media docena de

hombres al avance de los sicarios de la dictadura, pareció tan bello y grandioso como el Enjolrás de Víctor Hugo en la barricada; y Aquiles, asesinado después del combate, se conquistó la admiración y el amor de los patriotas, quienes juraron libertar el país o correr la misma suerte. Una revolución que principiaba con un episodio tan sublime, tenía por fuerza que ser invencible. El pueblo lo comprendió así, y el Plan de San Luis corrió de mano en mano, inflamando los corazones.

El episodio de la casa de Serdán tendrá que ser siempre recordado como un ejemplo de abnegación y bravura igualado por muy pocos en esta época de refinado egoísmo en que la humanidad sólo se preocupa de atesorar riquezas aún a costa de la conciencia y del honor. ¡Bronce y mármol para los hermanos Serdán y sus gloriosos compañeros que murieron por la causa de la libertad! ¡Que las flores luminosas del recuerdo se deshojen siempre sobre sus tumbas, y México los lllore, porque la estirpe de los héroes cada día es más rara sobre la tierra y ellos cayeron como los hijos de la antigua Esparta o como Harmodio y Aristogitón cuando libraron a Atenas del tirano! El mismo bronce con que se fundió la estatua de Morelos, pudo servir para vaciar la de Aquiles o la de Máximo Serdán, y el mismo bloque de mármol de donde el genio de Canova extrajo, por decirlo así, su maravilloso Perseo, pudo servir para cincelar la estatua de cualquiera de esos héroes.

Aquiles Serdán era un joven de simpática figura y notable inteligencia. Se parecía en lo delgado, endeble y nervioso a Martí, el apóstol de la independencia cubana, y se llamaba Aquiles como el héroe de Homero.

Máximo Serdán, de carácter más reposado y de inteligencia menos cultivada, en el momento del sacrificio sobrepasó en heroísmo a los paladines de los Nibelungos y al Orlando y al Ruggiero del Ariosto, y encontró una muerte digna de su valor, luchando, hasta el último instante, entre los cadáveres de sus compañeros, él solo contra trescientos hombres.

Cuando el señor Mader tuvo conocimiento en San Antonio Texas de la muerte de los hermanos Serdán, a quienes quería entrañablemente, se le nublaron los ojos de lágrimas; mas dominándose, dijo: «No importa; ellos nos enseñan a morir».

Capítulo V

Sol de Sangre

En el océano Atlántico, al oeste del archipiélago de Laffoden, en Noruega, hay una gran vorágine.

La nave que se aproxima a ese remolino infernal, principia por desviarse imperceptiblemente de su ruta, luego la desviación se acentúa, y cuando los marinos advierten el peligro, ya el barco gira con espantosa rapidez en torno del hambriento vórtice. Esta danza dantesca dura pocos minutos, y en breve la gallarda nave desaparece engullida por el abismo.

Es el maelstrom.

El despotismo origina también remolinos sociales que devoran hombres, instituciones y cosas.

La revolución francesa fué un enorme maelstrom que durante un cuarto de siglo agitó a toda la Europa.

La actual revolución mexicana es una onda de aquel gran movimiento.

No se puede condenar y absolver al mismo tiempo, y ante la Historia vale tanto la carabina del Aquiles poblano como la pistola de Desmoulins en el Palais Royal porque ambos estaban destinados a hacer saltar un polvorín.

La Francia del 89 revivió en América con sus heroísmos, sus virtudes y sus crímenes, y se llama México.

El general Díaz era un déspota glorioso, como Pedro el Grande o Solimán el Magnífico; pero México, la patria de Juárez, de Lerdo, de Iglesias, de Altamirano, de grandes e ilustres estadistas que habían formulado la Constitución más liberal y republicana del mundo, no era la Rusia del knout y de la coloda ni la Turquía del fanatismo y del deleite.

Los anhelos de libertad se vieron contrastados por la política opresora del general Díaz; las dos fuerzas inmensas encon-

tráronse y en vez de chocar y destruirse, se arrollaron como mangas de aire: de ahí el torbellino, la vorágine, el maelstrom.

El célebre plan de San Luis Potosí vino a ser el Evangelio de los patriotas. En él Madero exponía las causas, el objeto y los principios de la revolución.

«Los pueblos—decía—en su constante anhelo de mejoramiento, aspiran siempre a fórmulas más avanzadas de gobierno... El pueblo mexicano está apto para la democracia. Sin embargo, el general Díaz, después de treinta años de dictadura, quiere continuar gobernando el país conforme sus ideas rancias y sus caprichos de autócrata. Antes de lanzarme a la revolución más de una vez le propuse un arreglo que hiciera innecesaria la efusión de sangre. Llegué hasta ofrecerle que yo renunciaría mi candidatura si él nos dejaba elegir al Vicepresidente; pero el general Díaz, en su insensato orgullo, se negó a ello. ¡Tanto mejor; así el cambio será más radical!»

A continuación, exponía los principios de la Revolución y prometía devolver las tierras usurpadas. Los últimos capítulos del Plan se referían a disposiciones militares, la más interesante de las cuales era esta: «Si los jefes civiles o militares del general Díaz llevan a cabo actos contrarios a la guerra civilizada, como fusilamientos de prisioneros y matanzas de heridos, los Jefes y Oficiales del Ejército Libertador no procederán así pero si algún Jefe del Ejército contrario cayere en nuestras manos y se comprobare que fusiló prisioneros o remató heridos, se le aplicará la pena de muerte, no exceptuándose de dicha pena ni el General Díaz ni sus ministros».

El plan de San Luis Potosí terminaba con estas bellísimas palabras: «Mexicanos: sed como fueron siempre vuestros padres: valerosos en la guerra, magnánimos en la victoria».

El Centro Antirreeleccionista de México, cuyo oráculo era el licenciado Vázquez Gómez, amedrentado, lanzó un manifiesto desconociendo al Caudillo y negándole el derecho de hablar en nombre del Partido. Por su parte, el doctor Vázquez Gómez se negó a suscribir el plan revolucionario, por lo cual éste se publicó únicamente con la firma del señor Madero, quien desde aquel instante, asumió toda la responsabilidad del movimiento.

Este detalle, al parecer insignificante, influyó más tarde en el cisma que por desgracia separó a las dos cabezas más prestigiadas del antirreeleccionismo.

El 20 de noviembre, cuando el Gobierno creía con la captura de Robles Domínguez y la muerte de Serdán abortada la revolución, se verificaron varios levantamientos en el Estado de Chihuahua y en la región lagunera. En el distrito de Guerrero, Pascual Orozco jr., un intrépido montañés de treinta y dos años,

se levantó con media docena de hombres, uno de los cuales era su propio padre; ocupó algunas pequeñas poblaciones y formó un núcleo considerable de insurrectos. Santa Rosalía, Jiménez, Parras, Ciudad Lerdo, Gómez Palacio y Torreón, fueron teatro de sangrientas escenas. Todo el Norte trepidó como sacudido por un espantoso terremoto, y rojas llamaradas señalaron el paso de las columnas revolucionarias.

Lerdo y Gómez Palacio cayeron en poder de los cabecillas Oros y Zambrano, quienes quemaron los archivos y respetaron los bancos. Este hecho singular no debe maravillarnos, pues en los archivos se conservaban los títulos de propiedad, y los revolucionarios querían destruirlos a fin de que, al restablecerse la paz, nadie pudiera alegar derecho a tal o cual finca y las tierras usurpadas volvieran al poder de los pueblos.

El 19 de noviembre, Madero salió de San Antonio Texas disfrazado, y cruzó en la noche la frontera cerca de ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras). Allí debían juntársele trescientos hombres al mando de un pariente suyo, con los que pensaba en la madrugada del 20 asaltar y tomar la población. Mas el pariente compareció sólo con cuatro hombres, por lo cual el Caudillo repasó la frontera y se internó de nuevo en los Estados Unidos.

El general Díaz, sin darle gran importancia al movimiento, intentó aplastarlo de un solo golpe, como había hecho con la sedición magonista y la revuelta de Yucatán. Para lograr este objeto, movilizó una pequeña fuerza de dos o tres mil hombres, que batió a los rebeldes en varias acciones, arrojándolos de la región lagunera y de los contornos de Chihuahua. Mas los revolucionarios, batidos en un lugar, se rehacían en otro, adoptando el sistema interminable de la guerra de guerrillas. El Gobierno logró localizar la revuelta en el Estado de Chihuahua; pero, como transcurriera un mes y no lograra extinguirla, principió a perder prestigio, en tanto que la figura de Pascual Orozco se agigantaba hasta adquirir la talla de los más célebres guerrilleros de la Independencia.

El general Díaz comprendió que se trataba de una verdadera revolución, y se resolvió a enviar un nuevo ejército a Chihuahua, a la par que hacía pública esta expresión arrogante: «Cuando haya cinco mil rebeldes en el campo, saldré personalmente a combatirlos». Dichosamente para él, el resto de la República, excepto una parte de Sonora, se encontraba en completa calma, lo que le alentó sobremanera. Sin embargo, no supo aprovechar esta tregua, y en vez de batir enérgicamente a los rebeldes, los dejó rehacerse, de modo que la revolución se extendió como

una mancha de aceite y prendió en los Estados de Durango, Sinaloa, y Zacatecas.

En enero de 1911, Madero intentó atravesar de nuevo, infructuosamente, la frontera. El Doctor Vázquez Gómez, por otra parte, le aconsejaba que no llevara a cabo semejante imprudencia, pues su persona era demasiado preciosa para exponerla a los azares de la guerra, la cual debía ser dirigida desde los Estados Unidos.

La revolución contaba en Chihuahua con tres adalides: Orozco, José de la Luz Blanco y Francisco Villa. Aparte de estos jefes principales, se distinguían como cabecillas José de la Luz Soto, Marcelo Caraveo, Máximo Castillo y otros de menor importancia.

Blanco y Orozco eran rancheros medianamente acomodados. Francisco Villa, cuya figura tomó después tanto relieve, procedía de la sierra, donde había hecho la vida de bandolero durante los últimos años, en lucha contra el Gobierno y contra la misma sociedad, a la que odiaba con toda su alma, considerándola como la causa de sus desgracias.

El autor de estas líneas conoció y trató a casi todos los cabecillas de la revolución de 1910, y muchos de los sucesos que refiere, le constan por el testimonio de estos Jefes, habiéndose efectuado algunos de ellos en su misma presencia.

Francisco Villa no era un bandolero vulgar. A la manera de algunos célebres bandidos españoles y alemanes, como los que pintaron admirablemente Cervantes y Schiller, Villa se lanzó a la sierra en virtud de un auto de prisión extendido contra él a consecuencia de haber intentado matar al seductor de su hermana, cacique de los más influyentes de Chihuahua. Perseguido con saña inaudita, Villa reunió una cuadrilla de hombres resueltos y abrazó la existencia romántica y aventurera de capitán de «plateados». Llevaba ya varios años de vivir en la sierra, cuando la revolución de noviembre le brindó una brillante oportunidad de abandonar tan culpable existencia, ingresando en las filas del Ejército Libertador. (1)

(1) He aquí algunos fragmentos de un escrito nuestro acerca de este hombre singular:

«En el escenario del mundo ha brotado esta figura extraordinaria, mezcla de luz y de sombra, de claridad y de misterio, de héroe y de bandido, especie de Lucifer social que, desde el abismo del dolor humano, ha logrado alzarse a la más alta cumbre del poder y de la gloria. El podría decir, cruzándose de brazos ante la sociedad mexicana amedrentada, como el Gwimplaine del gran Hugo en la Cámara de los «ores»: «Vengo de la noche; soy la espada tremenda de Jehová que centellea sobre la cabeza trémula del crimen.»

«Físicamente, Villa es un hombre alto, robusto, de semblante atezado por los soles de su Estado natal, ojos inyectados en sangre, lo que le da un aspecto bravo, y cabello áspero y espeso. Montado en su corcel de guerra, con su traje típico de charro, el pecho cruzado por dos bandas de tiros, y el 30 x 30 pendiente del arzón, la figura de Villa es imponente. Tostado por el sol y mojado por la lluvias, insensible a las inclemencias del tiempo, soportando lo mismo los ardores del estío que las heladas ráfagas del invierno, aparece a caballo, inmóvil, sobre una cumbre peñascosa de la sierra de Chihuahua, como

El general Díaz dispuso que las columnas del general Navarro y del coronel Guzmán forzaran las gargantas de Malpaso, a fin de romper el fuerte núcleo de revolucionarios que se había refugiado en la sierra.

El coronel Guzmán, con inaudita osadía, penetró en los desfiladeros con los convoyes militares. Cuando vió la vía obstruida por enormes piedras y las alturas coronadas de insurrectos, trató de retroceder; pero fué inútil. Antes de que las máquinas iniciaran el movimiento de retroceso, ya había muerto Guzmán con doscientos de los suyos. Los soldados lucharon heroicamente por ganar las alturas; mas pronto tuvieron que abandonar el campo. Los carros que regresaron a Chihuahua iban chorreando sangre. Hubo que quemarlos para evitar el olor de la putrefacción.

El desastre de Guzmán causó una impresión terrible en México. Se vió claro que el ejército era impotente para dominar la rebelión. Treinta años de paz habían embotado las facultades de los viejos generales. El ejército era poco numeroso y carecía de los elementos necesarios para una campaña en toda regla. La oficialidad joven, recién salida del Colegio Militar, era inexperta, fogosa e imprudente. Súmese a esto que el general Díaz, caduco y caprichoso, quería dirigir desde Chapultepec la campaña, sin verdadero conocimiento del terreno en que ésta se efectuaba, pues el teatro de sus hazañas había sido el centro de la República, y que la única fuente en que el viejo caudillo inspiraba sus resoluciones de indole militar era el consejo áulico compuesto de su anciano Ministro de la Guerra, general González Cosío, del inepto general Salamanca, y de su hijo «Porfirito», ingeniero más lleno de presunción que de ciencia.

La campaña del general Navarro no fué del todo infructuosa. A la cabeza de su columna, este jefe libró la reñida acción de Pedernales, donde fué derrotado Pascual Orozco, ganó las altu-

una estatua de bronce animada por una chispa celeste, o un guerrero de granito tallado por un genio en lo alto de una montaña de pórfido.

«Villa fué en un tiempo bandolero. ¿Bandolero? Entendámonos. Se puede ser bandolero a la manera del Hernani de Víctor Hugo, el León de Schillier, y un criminal como Cartouche o Brujón. Media gran distancia entre Manuel García, el bandolero cubano de la guerra de la Independencia, y el Tigre y Santa Julia, pongo por caso. El despotismo de los señores feudales engendró en otra época en Europa esos extraños tipos de bandoleros heroicos y generosos, padres de los oprimidos y azote de los opresores. En México, desde el tiempo del coloniaje, se han suscitado esos mismos tipos, ensalzados en los romances de los viejos poetas, mitad bandoleros y mitad revolucionarios, hombres sanguinarios y magnánimos, ladrones y benefactores, que con una mano despojan al rico de sus bienes mal habidos y con la otra satisfacen el hambre de los infelices.

«En Chihuahua, durante el dilatado Gobierno del General Díaz, el caciquismo de los Terrazas y de los Ahumada fue causa de que muchos montañeses se dedicaran al bandolerismo como único medio de vida. Los serranos de Chihuahua, como los de Suiza y de Cantabria, son hombres rudos y ásperos a la par que leales, francos e intrépidos. Dírase que hay en su espíritu algo de la configuración de sus montañas: así es de agreste, escarpado, audaz e inaccesible su carácter, con sus salientes de heroísmo y su firme base de lealtad. Villa es la encarnación de ese espíritu caballeresco, magnánimo y valeroso, a la par que selvático y sanguinario. De nacer en la época de Ilión, hubiera figurado en los

ras de Cerro Prieto y forzó las gargantas de Malpaso. Navarro deshonró su victoria fusilando a los prisioneros y rematando a los heridos rebeldes.

En estos combates, las fuerzas del Gobierno no salían mejor libradas que las de Orozco y las de Blanco, por lo cual Navarro, sin refuerzos, emprendió la retirada y se malogró el fruto de sus victorias.

La campaña de 1911 se inició con una serie de combates sin importancia en la región de Ojinaga y en Sonora. El invierno fué crudo, y las tropas padecieron mucho en eterna persecución de un enemigo que conocía el terreno palmo a palmo y nunca presentaba combate formal, de modo que los periódicos del Gobierno decían que Orozco y los suyos tenían el valor en «los cascos de sus caballos».

En los últimos días de febrero, Orozco recibió gran cantidad de parque, y habiendo reorganizado su pequeña fuerza, se apoderó de toda la vía férrea entre Chihuahua y Ciudad Juárez; embarcó su gente en un tren y se dirigió contra esta última plaza, pensando tomarla por sorpresa.—De esta manera los rebeldes se movilizaban en trenes, contrariando los planes del general Díaz, quien había cruzado a México de ferrocarriles, no sólo para impulsar el progreso del mismo, sino también para hacer imposibles las revoluciones.—Avisado a tiempo el general Navarro, que estaba de guarnición en Juárez, dinamitó el tren de Orozco cerca de Bauche y detuvo su avance. Orozco acampó cerca de Ciudad Juárez y esperó a Blanco, que no tardó en juntársele con sus fuerzas. Se preparaban ambos jefes para el ataque, cuando llegó en un tren el general Rábago, que estaba de guarnición en Chihuahua, y después de un breve combate, logró penetrar en la plaza, frustrando con esto el intento de los rebeldes.

En vista de estos acontecimientos, y deseando darle mayor actividad a la guerra, Madero resolvió cruzar la frontera y dirigir personalmente las operaciones. Por otra parte, impulsábalo a

combates al igual de Aquiles y héroe muerto como Ajax fulminado por el rayo de Júpiter.

«Este hombre singular nació de una familia humilde, y pasó su juventud entre los vaqueros de las inmensas posesiones del general Terrazas. Cazador intrépido, no conocía rival en el manejo de las armas y atravesando solo a lomo de potros indómitos las enormes vacadas, parecía un centauro. Villa tenía una hermosa muchacha bellísima a quien el fiero montañés idolatraba, celándola con toda la pasión de su alma ruda. El conde de su lugar natal la vió, enamoróse de ella, la requirió de amor, y la sedujo, abandonándola luego con el mayor cinismo. Villa juró vengarse del rufián, y le descerrajó los cinco tiros de su revólver. Dejóle por muerto, y perseguido por los rurales, se echó a la sierra. Cuzado como una bestia feroz, de montaña en montaña, de mata en mata, Villa reunió una partida de hombres resueltos y se dedicó al género de bandolerismo que ya hemos descrito.

«Cuando don Francisco Madero recorrió los pueblos de Chihuahua, predicando el dogma reformador, los ecos de su palabra elocuente y fascinadora, llegaron a oídos del indomable guerrillero. Así es que, al tremolar en la sierra la bandera democrática y al oírse los clarines del ejército libertador, Villa, despojándose de su traje de bandolero, vistió la luciente maila de la justicia y del derecho.»

Esta leyenda corría con visos de verosimilitud en el campamento revolucionario ante Ciudad Juárez en 1911; y por eso la incluimos en el presente volumen.

esta resolución el hecho de que don Porfirio había pedido su extradición al Gobierno americano, y aunque se había refugiado en Dallas, las autoridades americanas podían de un momento a otro apoderarse de su persona. Madero se dirigió a El Paso, de noche, y cruzó el río con algunos compañeros cerca de la «Smelter Company». En la otra orilla lo esperaba un numeroso grupo de rebeldes, que creció no bien se supo que lo comandaba el propio caudillo de la revolución, quien, al pisar el territorio mexicano, asumió el carácter de Presidente Provisional y la Jefatura del «Ejército Libertador».

En aquellos días se presentó a Madero un nieto del gran Garibaldi que había hecho en Venezuela la campaña contra Cipriano Castro. Madero lo nombró Jefe de la llamada «Legión extranjera», cuerpo que llegó a contar como cuarenta individuos y en el cual sentaban plaza voluntarios de distintas nacionalidades. La designación del joven Garibaldi mereció algunas protestas de parte de los jefes revolucionarios, y Madero, cuyas ideas eran más amplias y aun diremos universales, hubo de recordarles que Washington no desdeñó el auxilio de Lafayette; que el general venezolano Miranda comandó una sección del ejército francés en Jenmapes, y que Mina, uno de los héroes de la independencia, era natural de España, lo que no le impidió ciertamente inmolarsé en aras de la libertad de México. Estas razones parecieron satisfacer a los descontentos, y Garibaldi fué acogido fraternalmente en las filas del ejército rebelde.

Tuvo conocimiento Madero de que la plaza de Casas Grandes, muy importante por su posición estratégica, se encontraba guarnecida únicamente por quinientos hombres, y resolvió atacarla. El ejército revolucionario contaba apenas con un efectivo de seiscientos hombres; pero el ataque fué tan impetuoso que, a las pocas horas de lucha, el brigadier Eguía Lis, que mandaba la guarnición, principió a desalojar la plaza. Ya los revolucionarios miraban como segura la victoria, cuando se presentó en el campo repentinamente la columna del coronel de Estado Mayor Samuel García Cuéller fuerte en mil hombres. La sorpresa fué terrible. Los revolucionarios cogidos a dos fuegos, huyeron desordenadamente, dejando en el lugar de la acción más de un centenar de cadáveres. Casi toda la «legión extranjera» pereció allí. Los soldados, enfurecidos, no daban cuartel a los infelices que de rodillas y con los rifles en tierra, les tendían las manos en señal de rendición. El jefe del Estado Mayor de Madero, Eduardo Hay, perdió un ojo y cayó prisionero. Raúl Madero y Garibaldi escaparon milagrosamente, fingiéndose muertos en un zanjón. Por su parte, los federales sufrieron también grandes

pérdidas. El jefe del Estado Mayor presidencial, García Cuéllar, que había pedido al general Díaz, como un señalado favor, que lo enviara a la campaña de Chihuahua, fué herido en un brazo por una bala expansiva, y hubo más tarde que amputárselo a causa de la gangrena. Madero fué el último que se retiró del campo, después de haber luchado con un valor extraordinario, disparando con el fusil de uno de sus soldados muertos, que recogió del campo, hasta agotar el último cartucho. En la retirada fué alcanzado por una bala de mauser, que lo atravesó el brazo derecho. Esta herida fué objeto de burlas por parte de la prensa gobiernista, que tildaba de «farsa» y «coquetería rebelde» el hecho de que Madero anduviera con el brazo en cabrestillo, pues, según dicha prensa, el caudillo de la revolución no había sufrido el más leve rasguño en Casas Grandes, donde se mantuvo siempre lejos de la línea de fuego. (1)

La victoria de Casas Grandes como la de Malpaso, fué de resultados negativos para el Gobierno, pues no levantó siquiera el prestigio del Ejército. La causa de la revolución, en cambio, recibió un fuerte impulso, pues todo el país al conocer los detalles de la refriega, admiró el heroísmo de Madero y comprendió que el hombre llamado a sustituir al general Díaz, al recibir el bautizo de sangre, se había consagrado como todos los grandes caudillos mexicanos: en el campo de batalla.

En el mes de marzo, a raíz de la batalla de Casas Grandes, hubo varios alzamientos en los Estados de Puebla, Veracruz, Sinaloa, Durango, Morelos, Guerrero y México y en el territorio de Tepic. En Guerrero, los hermanos Figueroa se apoderaron de gran número de poblaciones y exterminaron a más de trescientos federales en el barranco del Zapilote. En Morelos, Emiliano y Eufemio Zapata, levantaron las hordas de indígenas al viejo grito de «¡mueran los gachupines!» (2) y con la promesa del reparto de tierras. Excepto los Estados de Nuevo León, San Luis Potosí, Jalisco, Querétaro, Chiapas y el lejano Yucatán, toda la República estaba envuelta en las llamaradas de la revolución.

El éxito del movimiento maderista, excitó la envidia de los magonistas, que lo combatieron sin regua en la frontera, insultando a Madero con más iracundia que la prensa oficiosa de México. Los magonistas intentaron nuevamente hacer prosélitos

(1) El autor de estas líneas vió con sus propios ojos, durante las conferencias de paz ante Ciudad Juárez, la cicatriz de una herida reciente en el brazo del señor Madero.

(2) Nombre despectivo de los españoles. Con este grito levantó Hidalgo a las hordas de indígenas. Los «gachupines» eran los señores, los grandes terratenientes, los amos aborrecidos. Así el grito de Zapata equivalía a «¡Mueran los hacendados!» de cualquier nacionalidad que fueran.

en Chihuahua; mas los pocos que se alzaron en armas, tuvieron finalmente que militar bajo las banderas de Madero. Unicamente en la Baja California lograron apoderarse de dos o tres poblaciones sin importancia.

En Wáshington representaba a los rebeldes don Gustavo A. Madero, con el carácter de Agente Confidencial, y Juan Sánchez Azcona desempeñaba el cargo de Secretario del mismo. El embajador de la Barra solicitó la extradición de Azcona, y con este motivo se suscitó un incidente legal que fué muy comentado por la prensa americana desfavorablemente por el gobierno mexicano, que quería convertir, según la expresión de los periódicos de Wáshington, al Presidente Taft en policía del dictador Díaz. Al fin el doctor Vázquez Gómez, tras grandes vacilaciones, aceptó la Agencia Confidencial, y el hermano del jefe de la revolución depositó en sus manos los poderes de que estaba investido.

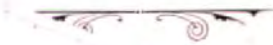
En estas circunstancias llegó a Wáshington Limantour, de regreso de Europa; se entrevistó con de la Barra, cambió impresiones con don Francisco Madero padre y con el doctor Vázquez Gómez, y continuó su viaje rumbo a México, a donde llegó felizmente por la vía del Nacional.

La llegada de Limantour reanimó al Partido Científico, que se consideraba perdido. Inmediatamente, el hábil Ministro de Hacienda habló con el general Díaz, y lo convenció de que debía cambiar de Gabinete y aceptar los principios revolucionarios, para arrebatarle así su bandera a la rebeldía. A los pocos días se anunció el cambio de Gabinete, y al mismo tiempo que el Congreso decretaba la «no-reelección», don Porfirio acordaba la pena de muerte para todas las personas que interrumpieran en cualquier forma el movimiento ferroviario o fuera sorprendido destruyendo las líneas telegráficas y telefónicas. Excepto Limantour y González Cosío, todos los demás Ministros fueron relevados de sus cargos, y en su reemplazo ocuparon los sillones ministeriales de la Barra, Sodi Vera Estañol y otros elementos nuevos. Así, estos hombres, que más tarde fueron enemigos furibundos de Madero, debieron su elevación al movimiento revolucionario, que los sacó de la semi-oscuridad en que vivían al amparo del árbol frondoso y robusto, y al parecer incommovible, del gobierno del general Díaz.

Madero, en tanto, repuesto ya de la derrota de Casas Grandes, se movió con más de dos mil hombres sobre la ciudad de Chihuahua, y plantó su campamento en la hacienda de Bustillos, propiedad de su abuelo don Evaristo, a pocas leguas de la base de operaciones de las fuerzas del Gobierno, quien con el fin de socorrer la plaza amenazada, desalojó Casas Grandes y debilitó

la guarnición de Ciudad Juárez. Entonces Madero, logrado ya su propósito, se precipitó sobre esta última plaza, mientras sus tenientes ocupaban Casas Grandes y otras poblaciones fronterizas. A mediados de abril, Madero acampó frente a Ciudad Juárez, y a poco se le juntaron Orozco, Blanco, Villa y otros jefes revolucionarios, en tanto que José de la Cruz Sánchez se batía en el Mulato con las fuerzas del general Luque y las sitiaba en Ojinaga. En el Estado de Sonora, los rebeldes, a las órdenes del *Colorado* y otros cabecillas tomaron Agua Prieta; mas al día siguiente tuvieron que abandonarla, después de una noche de repugnantes excesos. El cerco de los rebeldes se hizo más estrecho en torno de Torreón y gruesas columnas revolucionarias se movieron sobre Hermosillo. En el Sur, la guerra revestía un aspecto salvaje, y el Estado de Veracruz estaba ya infestado de guerrillas volantes a las órdenes de Tapia, que detenían y «batacaban» los trenes. En estas circunstancias, el general Díaz pareció dispuesto a entablar negociaciones con Madero para restablecer la paz, y al efecto, comisionó *extraoficialmente* a los señores Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón para que pasaran al campamento revolucionario y pactaran un armisticio de cinco días con el caudillo revolucionario.

La caída de la Dictadura pareció ya inevitable, y toda la atención de los mexicanos se concentró en la pequeña ciudad fronteriza llamada a ser, por inescrutables designios de la Providencia, el último reducto del gobierno del general Díaz.



Capítulo VI

Ciudad Juárez

El 28 de febrero, cuando las fuerzas de Orozco fueron rechazadas delante de Ciudad Juárez por el general Rábago, el autor de estas líneas se encontraba en los Estados Unidos.

Desde allí seguía yo con interés la marcha de la política mexicana, aunque confieso que jamás le di importancia al movimiento de Madero, participando del error general que atribuía un inmenso poder al gobierno del presidente Díaz.

Este error se fundaba en la extraordinaria duración de dicho gobierno, en su riqueza, en el talento y la discreción de los hombres que manejaban la cosa pública, en la gran red ferroviaria que ponía a la capital en contacto con las poblaciones más lejanas, en la disciplina, el número y el espléndido valor del ejército y sobre todo, en el terror que aún infundía el solo nombre de don Porfirio.

Yo no conocía personalmente a Madero; mas pertenecíamos a una misma agrupación de carácter filosófico y humanitario que tenía ramificaciones en casi toda la república, y fué ciertamente extraordinario que durante mi estancia en México en los años de 1907 y 1908, no nos llegáramos a encontrar en las asambleas de dicha sociedad. El día en aquella fecha en San Pedro de las Colonias, Estado de Coahuila, y aún creo que influyó para que se me ofreciera una plaza en la redacción de «El Diario», que no llegué a disfrutar porque ya me encontraba en los Estados Unidos. En cierta ocasión, habiendo yo dado una conferencia en el Salón Metropolitano, que circuló más tarde impresa, Madero, que la leyó, tuvo la bondad de felicitar me por ella desde San Pedro, pues estaba en un todo de acuerdo con sus ideas, según decía.

Publico estos detalles íntimos que, como vírgenes veladas debieran estar siempre en el santuario de mi corazón, para que mis lectores sepan cuáles eran mis relaciones con Madero en

aquella fecha, ya que de otra manera no tendría explicación mi viaje al campamento revolucionario en mayo de 1911.

El credo filosófico que ambos profesábamos nos imponía como principio fundamental el amor a la humanidad y nos alejaba del estrecho concepto que nos hace limitar la patria a una determinada región del planeta circunscrita por altas montañas o anchurosos ríos, proyectando nuestra imaginación fuera de la misma órbita de la tierra para hacernos contemplar la patria universal con sus millones de mundos en los que alientan muchedumbres de seres que luchan y padecen como nosotros en las magnas batallas de la vida.

La rebelión de Madero, pues, me pareció un atentado contra nuestra doctrina y una claudicación imperdonable en uno de los paladines más distinguidos del pacifismo. Por otra parte me pareció absurdo parangonar la personalidad del caudillo revolucionario con la del ilustre Presidente que había merecido el elogio del gran Tolstoy y que se había identificado de tal manera con su país, que México era conocido en todo el mundo como «the land of Porfirio Díaz».

La tragedia de la casa de Serdán me reveló el abismo. El infierno abrió su boca y por esa negra abertura pude contemplar un mundo de miseria y desesperación. Los horrores de Parras, Lerdo, Gómez Palacio, Pedernales y Malpaso, hicieron profunda impresión en mi ánimo. Regresé a México pocos días antes del combate de Casas Grandes, y cuando Madero acampó en Bustillos, me formé el plan de dirigirme a su encuentro y disuadirlo de su bélica actitud (presunción inaudita, que revela cuán poco conocía yo el carácter de la revolución mexicana), recordándole nuestra doctrina, a la que él consagró un respeto profundo hasta su muerte, y de la que sólo en la apariencia se desvió, pues siempre por encima de las borrascas de su vida flotó el ideal humanitario como una bandera blanca hecha girones por los huracanes. Este proyecto no pudo efectuarse porque cuando me disponía a salir para Bustillos, Madero se movió rápidamente hacia Ciudad Juárez.

Entonces visité al señor de Barra, personaje a quien había conocido y tratado en Washington y a quien consideraba como uno de los hombres más probos y capaces del gobierno del general Díaz, y le expuse mi plan, el que aprobó incontinenti, dándome un salvoconducto para que yo pudiera atravesar con toda libertad las filas federales.

Con esto y con una carta de la Sociedad a que tanto el Sr. Madero como yo pertenecíamos, carta que contenía un saludo de los compañeros y amigos y un fraternal llamamiento a la paz a últimos de abril del referido año me dirigí a Ciudad Juárez por la vía de Laredo, San Antonio y El Paso Texas.

7

4

En San Antonio, bonita población mitad americana, mitad mexicana, pude observar las maniobras de un cuerpo de ejército «gringo» que estaba acampado en las afueras, y me convencí de que la «intervención» no era una amenaza vana, pues aquellos doce o quince mil hombres provistos de excelente artillería y hasta de aeroplanos que zumbaban sobre mi cabeza, estaban listos para invadir a México, y en todas partes no se hablaba sino de la ruptura de las hostilidades. Sin embargo, la movilización del ejército americano obedecía a que el general Díaz había pedido al gobierno de Washington que guardara debidamente la frontera, a fin de impedir el contrabando de armas y el continuo paso de partidas de rebeldes, haciendo así efectiva la neutralidad. La presencia de un número tan crecido de soldados americanos en la frontera, se interpretaba generalmente en México como un golpe de astucia del general Díaz, quien de esta manera quería demostrar palpablemente a los rebeldes el peligro de la intervención, y creo que esta conjetura no estaba lejos de la verdad.

Llegué a El Paso el 26 de abril por la vía del Southern Pacific, y me apeé en el Hotel Sheldon, donde estaba alojada la familia Madero. Esa misma noche tuve una corta entrevista con Gustavo, quien me recibió con la afabilidad y llaneza que le eran peculiares, y al día siguiente fui presentado por él mismo a su señor padre don Francisco Madero, a su señora madre doña Mercedes, a sus jóvenes hermanas Mercedesitas y Angela y a sus hermanos Alfonso y Julio, con los cuales me trasladé al campamento revolucionario.

Los señores Madero me causaron una impresión gratisima. Pocas veces he visto aunadas en una sola familia tanta sencillez, dulzura, bondad, franqueza y patriotismo. Nadie hubiera creído, al ver tanta modestia y afabilidad, hallarse en presencia de verdaderos potentados, que no otra cosa eran, pues aparte de sus inmensos bienes, en aquellos momentos eran los verdaderos dueños de la situación.

Don Francisco, el padre del Jefe de la Revolución, resumía en sí toda las virtudes de su familia. Frisaba en los sesenta y se conservaba robusto y jovial como en sus mejores años. Su poblada barba, partida en dos, le daba a su semblante un aspecto venerable, y sus ojos pardos emanaban efluvios de bondad. Vestía con decorosa sencillez y comía con frugalidad. Parecía un viejo hidalgo castellano de los del siglo de oro, que no conocían la malicia florentina, que jamás armaron celadas a su adversario, sino que lo combatieron con la cara al sol; que nunca mancharon sus labios con la mentira; que eran afables y campechanos con todo el mundo, no cedían en nobleza al rey,

comian en escudillas de barro, y ajenos a las intrigas palaciegas y a la perfidia y afeminamiento cortesanos, sabían, cuando el caso llegaba, luchar a la cabeza de sus mesnadas, y morir en defensa de su patria y de sus fueros.

A juzgar por la familia Madero, los hombres del norte de México conservan todas las costumbres sencillas y las virtudes que hicieron grande a la Grecia de los tiempos heroicos e invencible a la Roma de Cincinato y de Scipion.

Don Francisco me decía: «Cuando mi hijo escribió «La Sucesión Presidencial», reunió a toda la familia, nos leyó los pasajes más importantes y nos dijo que esa obra iba a producir una inmensa sensación en todo el país; que estaba resuelto a emprender una campaña contra la reelección del general Díaz, y que, antes de lanzarse a tan temeraria empresa, quería oír nuestro consejo, pues posiblemente esa campaña traería por consecuencia la ruina de la familia. Entonces, todos exclamamos sin vacilar, y yo el primero: «¡Publica el libro, aunque nos arruinemos!»

«Hace varios meses que no recibimos un centavo de México..... —continuaba don Francisco.— Nuestras propiedades todas están en manos del Gobierno..... El dinero de que pudimos disponer, unos setecientos mil pesos, lo invertimos en la revolución. Ultimamente la situación se nos hizo tan terrible en San Antonio, que tuve que privar de su maestro de canto a Angelita. La pobre niña, como tiene bastantes conocimientos de la técnica musical, me ofrecía dar a su vez clases de canto para ayudar al sostenimiento de la familia.....»

Hablando así, el tranvía se detuvo a la orilla del río Bravo, cerca de la «Smelter Company», y seguimos a pie hasta el puente colgante que comunica la orilla mexicana con la americana y que sirve para el paso de los trabajadores.

El puente estaba vigilado por una patrulla de caballería americana, que tenía el encargo de impedir el paso de hombres armados.

Don Francisco continúa explicándome que los señores Braniff y Obregón y su sobrino Rafael Hernández, representantes officiosos del Gobierno, se encontraban en El Paso desde hacía tres días; que los revolucionarios llegaron a Bauche y sostuvieron un combate con la guarnición de Ciudad Juárez, obligándola a encerrarse en la plaza; que él entonces había tomado un automóvil y con banderas blancas había llegado hasta el campo de los rebeldes; que allí se avistó con su hijo, a quien informó de los trabajos pacifistas de Limantour; que lo encontró muy reacio a entrar en negociaciones con el Gobierno y resuelto a atacar inmediatamente a Ciudad Juárez; y que, por último, violentán-

dose, y como quien hace un enorme sacrificio, consintió en firmar la momentánea suspensión de las hostilidades en el sector comprendido entre la ciudad de Chihuahua y la línea fronteriza, y en escuchar las proposiciones de los enviados del general Díaz.

Así, Navarro quedó embotellado con 512 soldados en Ciudad Juárez, y Rábago, que había salido de Chihuahua a socorrer la plaza sitiada, tuvo que suspender el avance a pocas leguas de dicha ciudad, en tanto que las fuerzas revolucionarias se perrechaban y proveían en territorio americano, a favor de la tregua.

Era tal la complacencia del gobierno americano o de las autoridades texanas, que Garibaldi y otros oficiales revolucionarios cruzaban continuamente la frontera, paseaban vestidos de *kaki* por las calles de El Paso y comían en el Hotel Sheldon. (1)

Verdad es que el armisticio significaba nada menos que el reconocimiento oficial de la revolución por parte del Gobierno del general Díaz.

Madero tenía su cuartel general en una pequeña casita de adobes, a unos doscientos pasos del puente colgante, casi a la orilla del río. En torno de la casita se aglomeraba un centenar de personas, entre las que ví algunas señoritas de El Paso que, noveleras como buenas americanas, habían pasado al campamento con el único objeto de retratarse con rifle y canana al lado de Pascual Orozco o de Máximo Castillo. Unos veinticinco rebeldes montaban la guardia cerca de la puerta, con sus sombreros de fieltro chihuahuanos rodeados de una cinta tricolor en la que se leían estas palabras: «Sufragio efectivo. No reelección». Un sol de fuego fundía hasta las piedras, y espejeaba en las aguas terrosas del río, y en toda aquella extensión no había un árbol siquiera que proyectara sombra.

Penetramos a la casita, y busqué con la mirada al jefe de la revolución, imaginando encontrar a un hombre alto y membrudo, y grande fué mi sorpresa cuando ví que todos se dirigían a un individuo vestido de *kaki*, moreno, de barba y bigotes negros, de pobladas cejas, enjuto de carnes, nervioso y de voz un poco recia, en la que se notaba ese tonillo gutural que distingue a los fronterizos

(1) Es indudable que trató el pueblo como el gobierno americano miraban con simpatía la revolución de Madero, lo que es reprochable en Mr. Taft, quien no hacía un año había abrazado a don Porfirio en la célebre entrevista efectuada en el puente internacional sobre el Bravo, entre Ciudad Juárez y El Paso; mas se puede asegurar que en la revolución mexicana no se gastó un solo dólar americano y que la pretendida intervención de la Standard Oil Company en estos asuntos nunca se efectuó en realidad y fué sólo una grosera calumnia de la prensa oficiosa de México para desprestigiar la causa maderista. A principios de mayo, Madero no tenía un solo céntimo para pagar sus tropas, ni para comprar víveres y a fin de que se prorrogara el armisticio, Braniff facilitó diez mil pesos a don Francisco Madero sr., con lo cual hubo para calmar el descontento de las fuerzas rebeldes. El Agente financiero de la revolución era Gustavo Madero, y éste me manifestó en aquellos días que la captura de Juárez era necesaria, no sólo desde el punto de vista militar, sino porque ya escaseaban los comestibles, y en breve no habría con qué alimentar a la tropa.

Madero, después de saludar a su familia, me digirió una mirada como preguntándome quién era. Su padre me nombró y Madero, entonces, alargóme la mano, una mano vellosa y fuerte que estreché con la misma franqueza con que se me tendía, y le expuse el motivo de mi viaje. Me interrogó acerca de la situación en la capital, y le expuse lo que él ignoraba; esto es, que en México se había descubierto un complot militar cuyo objeto era asaltar Chapultepec y apoderarse de la persona del general Díaz, y que los oficiales complicados en el plan estaban presos y probablemente se les fusilaría.

En ese instante interrumpió nuestra conversación una persona corpulenta, de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad y de aspecto campechano.—Señor—dijo a Madero—acabamos de prender a dos espías. ¿Qué hacemos con ellos?—¿Y qué quiere usted que hagamos, don Abraham?—exclamó Madero encogiéndose de hombros.—¡Suéltelos usted y que vayan a decirle a Navarro cuántos somos y en qué disposición estamos de tomar la plaza apenas termine el armisticio!

Don Abraham González, pues era él, se alejó un tanto mohino, y Madero me invitó a dar una vuelta por el campo. Ascendimos a una colina cercana y desde allí me mostró la posición de las fuerzas revolucionarias. Con increíble agilidad subía por los lugares más escarpados, en tanto que yo buscaba las pendientes suaves. Había enflaquecido y en el campamento no tenía tiempo ni humor para cuidarse de su persona, lo cual dábale un aspecto desmedrado, que contrastaba notablemente con su vigorosa naturaleza de montañés curtido en las faenas campestres y de admirable jinete que domeñaba con mano de acero los potros más indómitos.

Esa tarde comí en su compañía, y tuve el gusto de conocer a su amante esposa doña Sara Pérez, noble mujer que lo acompañó en las circunstancias más azarosas de su vida y a la que él profesaba un entrañable cariño.

Los corresponsales de los periódicos americanos y mexicanos no se desprendían del señor Madero, acechando el menor guiño o la expresión más ligera para enviar extensos telegramas a sus respectivos diarios. Entre ellos vi a Sommerfel, corresponsal de la «Prensa Asociada», que más tarde fué agente secreto del señor Madero; a Brandon, de «El Diario», y a Malváez, de «El País».

En mi conversación con el señor Madero, nuevamente se reveló el hombre altruista, el filósofo de miras amplias y de sentimientos elevados de quien yo tenía noticia, y al volver a El Paso esa noche, mi corazón palpitaba de júbilo, pues veía cercano el fin de aquella lucha fratricida.

Al día siguiente conocí al doctor Vázquez Gómez en el tranvía que nos llevaba a las cercanías del campamento revolucionario. Era un hombre de más de cincuenta años, mestizo, de regular estatura, muy moreno, grueso, ancho de cara y de facciones poco distinguidas. Su carácter era grave y circunspecto. Le entregué una carta que, a la salida de México, un amigo suyo me encargó que pusiera en sus manos. Me dió las gracias fríamente, y llegamos juntos a la casita del señor Madero, habiendo yo entrevisto, por las pocas palabras que nos cruzamos durante el camino, que el doctor dudaba mucho del triunfo de la revolución.

En la noche terminaba el armisticio sin que ninguno de los delegados del Gobierno, que parecían querer ganar tiempo, hubiera hecho proposiciones concretas por donde se pudiera colegir que el general Díaz en realidad anhelaba la paz. Al fin, al medio día, los señores Braniff, Hernández y Esquivel, solicitaron una entrevista con los jefes civiles y militares de la revolución, y el señor Madero accedió a que dicha entrevista se verificara esa misma tarde.

Jamás olvidaré aquella memorable reunión, que se verificó en el cuarto principal y casi único de la casita de adobes, y a la que asistí invitado por el propio señor Madero.

Estaban allí los delegados del Gobierno, Oscar Braniff, Rafael Hernández y Toribio Esquivel Obregón; don Francisco Madero, el doctor Fernández de Lara, Pascual Orozco, José de la Luz Blanco, Juan Sánchez Azcona, Alfonso Madero, Federico González Garza, José Vasconcelos, los gobernadores provisionales de Chihuahua, Sinaloa, Coahuila, Yucatán y Zacatecas, y el taquígrafo del Jefe de la Revolución, Elias.

Madero, con traje y botas de campaña, iba y venía de un lado a otro, y frecuentemente salía de la casita para dictar órdenes.

Habló primero Braniff, y se extendió sobre el peligro de la intervención americana, la que indudablemente sobrevendría si los revolucionarios atacaban a Ciudad Juárez, pues las balas lloverían también sobre El Paso causando perjuicios inevitables a los ciudadanos del otro lado del río.

Madero, alzando un pie sobre una silla y apoyándose en el respaldo de la misma, se interrumpió con vehemencia: «¿La intervención? ¡También combatiremos a los invasores! ¿Por ventura ha de permanecer el pueblo mexicano esclavizado por déspotas hijos de su propio suelo, sólo por temor de que vengan tiranos extranjeros a arrebatárle una libertad de que no disfruta y una irrisoria soberanía? Si los Estados Unidos intervienen, ustedes y no nosotros serán los culpables y los que habrán acarreado un

mal tan grande a la República, pues nosotros únicamente buscamos nuestra libertad, en tanto que ustedes se aferran en mantener al pueblo en la esclavitud!»

Esquivel Obregón, pronunció un larguísimo discurso, y dijo en suma lo mismo que su compañero. Recordó que él había concurrido a la Convención Antirreeleccionista y que, por lo tanto, podía considerarse, no como un enviado del general Díaz, sino como un agregado voluntario a la noble misión de Braniff, quien suplía todos los gastos de la misma.

Impugnaron sus argumentos José María Pino Suárez, José Vasconcelos y Federico González Garza.

Entonces Rafael Hernández, viendo que iban a fracasar las negociaciones, habló atropelladamente y con extraordinaria vehemencia, echándose hacia atrás, con su nerviosa mano, sus grandes y negros cabellos: «Pues, ¿qué queréis, señores revolucionarios? No estáis acaso satisfechos? ¿Queréis más sangre aún? ¿No os basta la que ya se ha derramado? ¿No es suficiente para vuestro orgullo ver a un gobierno ilustre y fuerte tratando con rebeldes que aún no están en posesión de una sola ciudad importante en la República?»

El gesto y las palabras de Rafael Hernández hicieron más impresión que el discurso largo y soporífero de Esquivel Obregón, y las negociaciones se reanudaron.

Alguien habló de la renuncia de los señores Díaz y Corral y de un gobierno mixto en que la revolución estaría representada por cuatro Ministros y catorce Gobernadores, y de improviso un hombre como de sesenta años, que yo no conocía y en quien apenas me había fijado, pues desde el principio de la reunión se había situado en un ángulo del local que la luz de la lámpara no alcanzaba a iluminar, irguió su elevada talla mostrando su rostro de enérgicas líneas ornado por una barba luenga y entrecana.

— «Nosotros, los verdaderos exponentes de la voluntad del pueblo mexicano—exclamo con voz poderosa—no podemos aceptar las renunciaciones de los señores Díaz y Corral, porque implícitamente reconoceríamos la legitimidad de su gobierno, falseando así la base del Pla. de San Luis Potosí. La revolución es de principios, la revolución, no es personalista, y si sigue al señor Madero es porque él encarna la enseña de nuestros derechos, y si mañana, por desgracia, este lábaro santo cayera de sus manos, otras cien manos robustas se apresurarían a recogerlo. Así nosotros no queremos ni Ministros ni Gobernadores, sino que se cumpla la soberana voluntad de la nación. Revolución que transa es revolución perdida. Las grandes reformas sociales sólo se llevan a cabo por medio de las victorias